UNA PALABRA HOMICIDA
Ó EL ESPIA DEL GRAN MUNDO.

Drama en cinco actos, arreglado del francés por D. Juan Belza, *para representarse en Madrid, el año de* 1859.

PERSONAGES.

El Conde de Monte-Sagrado.
Stenio Salvatori.
Guiacomo, *mayordomo del conde.*
Federico, *amigo del conde.*
Francisco, *idem.*
Gustavo, *secretario de embajada.*
El Doctor.
Pedro, *criado del conde.*
Paulo *y*
Marco, *oficiales, amigos de Gustavo.*
El Gefe de Policia.
Un Cochero.
Un Lacayo.
Criados del Conde.
La Duquesa de Parma.
Aminta Rovero.
Maria, *camarera.*
Carabineros napolitanos, Agentes de seguridad pública y Criados.

La escena, durante el primer acto, es en Nápoles. Los tres últimos en Anteuil, en el bosque de Boloña y en París, año 1819.

ACTO PRIMERO.

Decoracion cerrada con mueblage lujoso. Al foro rompimiento de tres arcos, y terraza por la que se distingue el parque, iluminado por la luna, en lontananza las montañas, á cuyo pié se agita el mar. Una mesa parada para la cena; profusion de candelabros, luces y flores.

ESCENA PRIMERA.

Pedro *y otro criado, despues* Guiacomo.

Ped. Vamos, la mesa está preparada; ya nuestro amo, el señor conde de Monte-Sagrado, puede venir del baile cuando quiera... Será servido por nosotros, algo mejor que por ese perezoso de Guiacomo, que jamás hace otra cosa que gritar y poner faltas á todo... Yo no sé por qué el señor conde prefiere y distingue tanto á semejante animal...

Guia. (*al entrar ha escuchado las últimas palabras.*) Gracias, galopin; me alegro haber escuchado los elogios que os merezco, cuando no estoy presente.

Ped. (Demonio!.. Estaba escuchando!..)

Guia. Los lacayos son lo mismo en todas partes..... Siempre habladores é insolentes, cuando se trata de sus amos, ó de sus gefes, que es lo mismo.

Ped. Como siempre estais riñendo!....

Guia. Y quién tiene la culpa?.. Vuestra holgazaneria, vuestra pereza... (*tirándose en una butaca.*) Aqui somos pagados para ser listos, activos, trabajadores..... Otra cosa, seria robar el salario que nos tienen asignado.

Ped. Pues lo que es vos, no tiene duda que lo ganais de una manera!.. Nunca haceis nada.

Guia. Cómo que no hago nada? Tengo la paciencia de escucharte, y esto ya es un trabajo... Me veo en la precision de reprenderte á cada momento; otro trabajo... Y si no me ocupo en faenas corporales, es porque mi deber me lo prohibe. La agilidad es condicion indispensable en los que obedecen, la calma y tranquilidad en los que mandan. (*se oye el ruido de un carruage.*) Vamos á ver... Un carruage se ha parado á la puerta... Sepamos quién es...

Ped. (*mirando por la tapia.*) El señor Gustavo de Mauray, secretario de la embajada francesa.

Guia. Si, es uno de nuestros convidados; su reloj adelanta... Salid y esperad mis órdenes en la antesala... Qué cosa tan insufrible es el tener que lidiar con esta gente. (*Gustavo entra; Pedro y el Criado salen.*)

ESCENA II.

Guiacomo, Gustavo.

Gus. El conde está en casa?

Guia. En casa quereis que esté, y á las dos de la madrugada, cuando el teatro de San Cárlos dá un magnífico baile de máscaras? Cualquiera diria que no sois de los amigos de mi señor.

678494

Gus. Es verdad... Pero tú, qué tienes?.. Pareces cansado, y que tus piernas no te sostienen...

Guia. No seria estraño, porque acabo de hacer un viage de ocho leguas.

Gus. A pié?

Guia. A pie? Qué disparate!... Cuando era lazaroni iba siempre en carruage... hacia presa en el primero que se presentaba á mi vista, colocándome, ya en la trasera, en el estribo ó en cualquier parte, pero desde que ascendí al rango de confidente de uno de los mas ricos señores de Nápoles, ya es otra cosa; alquilo un cabriolé...

Gus. Y de dónde venis ahora?

Guia. De la torre del Greco.

Gus. A ese punto no hay mas que cuatro leguas...

Guia. Para ir, no tiene duda; pero naturalmente hay otras cuatro para volver.

Gus. Y qué diablos has ido á hacer á la torre del Greco?

Guia. Es toda una historia...

Gus. Cuéntamela, y con eso pasaremos el tiempo hasta que venga el Conde.

Guia. No hay inconveniente... Figuraos que ayer por la mañana, monseñor recibió una carta de una parienta lejana, religiosa en el monasterio de Santa Maria; una santa muger, lo que no impide que sea bastante pesada por cierto; siempre nos está pidiendo dinero.

Gus. Vamos, comprendo; alguna obra de caridad...

Guia. La anciana religiosa imploraba la de mi amo en favor de una novicia, que hace un año, por razones de familia, entró en el convento con ánimo de tomar el velo, pero que despues de haber pasado el noviciado, piensa ya de otra manera, y no está muy satisfecha. Llora, se desespera; la abadesa grita y todo el convento está en revolucion.

Gus. Y quién es ella?

Guia. No lo sé.

Gus. Pero tu señor deberá saberlo?

Guia. Ni mas ni menos que yo; pero al leer el nombre de la novicia, crei que se volvia loco! Cielos! Gran Dios! empezo á decir... Será posible?... Es preciso que yo la salve... quiero y debo hacerlo. Y despues de escribir algunas palabras... Gniacomo, añadió; he aqui un bono de cincuenta mil ducados contra mi barquero Lambertini... Tomarás esta suma, y la llevarás con esta carta á la religiosa que acaba de escribirme.

Gus. Y te ha entregado cincuenta mil ducados?.. Eso prueba la confianza que le mereces...

Guia. Y qué tiene de estraño? Un lazaroni puede matar si es necesario, pero cometer un robo, jamás!...

Gus. Pero á qué objeto eran destinados esos cincuenta mil ducados?..

Guia. La mitad para rescatar ó comprar la libertad de la novicia, y la otra mitad para que hiciese su entrada en el mundo, independiente, y de una manera digna.

Gus. Efectivamente que es una caridad de Príncipe...

Guia. Si, pero á mi entender cuesta demasiado cara.

Gus. Y la jóven conoce, ó sabe al menos, el nombre de su bienhechor?..

Guia. Qué disparate!.. El señor conde me ha encargado el mas profundo secreto.

Gus. Y es asi, como le obedeces? (*se levanta.*)

Guia. Es que me ha prohibido decir una palabra en la torre del Greco, pero no me ha prevenido nada respecto á mi silencio en Nápoles.

Gus. Ah! entonces estas en tu derecho. (*sonriéndose.*) Silencio! (*viendo abrir la puerta.*)

Guia. Es mi señor! Conozco su dominó... (Qué máscara es la que conduce del brazo?... Calla... y es una muger!... Pues me gusta!... Una esta mañana... otra esta noche!.. Qué calavera!..) (*tres hombres enmascarados y con dominós negros entran en la escena; uno de ellos da el brazo á una muger enmascarada igualmente, vestida de Sibila, y la cual viene á sentarse en la izquierda del sofá.*)

ESCENA III.

Gustavo; la Duquesa, *de* Sivila, el Conde *con dominó negro*; Federico *y* Francisco *lo mismo.*

Con. Ahora, hermosa Sibila, podremos esplicarnos.

Gus. (Qué significa!)

Con. Hace un momento que en el baile, embromábamos á todo el mundo con el punzante sarcasmo que en estos dias de locura es permitido; cuando de pronto has venido á interponerte entre la multitud y nuestra alegria... Qué razon tienes para ello?

Duq. Vuestro interés.

Con. Y es tambien por nuestro interés, por lo que nos has amenazado con revelar nuestros nombres y nuestro secreto?...

Duq. Es mi oficio, puesto que soy hechicera.

Con. Felizmente, la entrada en el salon del rey Fernando Cuarto, atrajo la atencion de los que nos escuchaban, y, aprovechándonos de este incidente, hemos podido arrancarte del baile... Algunas palabras mas, que imprudentemente hubieran salido de tus labios, habrias recibido el precio de tu indiscrecion.

Duq. Y ese precio se ajusta á la hoja de un puñal, no es cierto.

Con. Es la costumbre de nuestro pais.

Duq. (*quitándose la careta.*) Heridme pues, señor conde de Monte-Sagrado...

Con. La Duquesa de Parma!.. (*el conde se quita la máscara.*)

Duq. La misma, señores; la viuda de un grande hombre á quien todos debisteis respeto y consideracion un dia...

Con. Y la Duquesa cree conocernos!

Duq. La Duquesa os conoce tanto... que vá á deciros ahora lo que no hubiera dicho en el baile, porque os estima demasiado... (*deteniéndose.*) Pero aqui hay un estraño...

Gus. Seria yo por desgracia, Duquesa? (*á quien la Duquesa mira.*)

Duq. Temeria ofenderos, contestándoos afirmativamente...

Gus. No soy uno de los mejores amigos del Conde?...

Duq. Si, pero al mismo tiempo sois el secretario de la embajada francesa, y esto complica un poco la cuestion; hay cosas, que como amigo podriais escuchar, pero en vuestro caracter diplomático, os pondrian en grave compromiso.

Gus. Vamos, comprendo; se trata de politica, no es esto? Tened cuidado, querido Conde; vuestros enemigos velan, y yo que os quiero de veras, he venido hoy precisamente á suplicaros, que renuncieis á esos proyectos de conspiraciones, que pueden seros muy perjudiciales... El gobierno está muy sobre-aviso...

Con. Adios, Gustavo. (*sonriéndose y dándole la mano.*)

Gus. Respeto vuestro deseo, señora, y me someto á él; me retiro... pero hubierais debido conservar la careta, para que hubiera sido menos sensible el separarme de vuestro lado. (*la besa la mano, y sale.*)

ESCENA IV.

Los mismos, menos Gustavo.

Duq. Ya estamos solos... puedo hablar, y empezaré por

vos, Conde... Pasaré en silencio vuestras intrigas amorosas, vuestras locuras en sociedad; hablaremos de cosas mas graves... Vuestro padre murió poco despues de la ocupacion de Nápoles por los franceses, cuya causa habia abrazado... sus bienes, que fueron confiscados antes de la revolucion, os fueron devueltos luego, y han hecho de vos el mas rico señor de todo el reino... Sois feliz, noble, considerado, y sin embargo, conspirais....

CON. Estoy en la obligacion de vengar á mi padre.

DUQ. Es decir, que convenis en ello? Hablad mas bajo, porque las paredes oyen, y esa audacia puede abriros las puertas de los calabozos del castillo de Fenestrellas, de los cuales vuestro padre salió para subir al patíbulo.

CON. Adelante, señora, adelante...

DUQ. Paciencia, señor conde; es preciso que esas otras máscaras caigan tambien delante de mi... Habeis dado un egemplo que vuestros amigos deben seguir.. (*á uno de los enmascarados.*) Qué te diré á ti, Federico de Apsberg, noble hijo de Alemania; á ti, que caminas sobre una pendiente peligrosa, y que te dejas fascinar, por el principio de la gloria militar? Piensa en tu anciano padre; recuerda al venerable sacerdote que en la cátedra del Espiritu santo, ha predicado siempre la union, y no la discordia; la sumision, y no la altaneria del orgullo...

FED. Ah! Señora, que recuerdo acabais de invocar! (*quitándose la careta.*)

DUQ. En cuanto á ti, Francisco, (*al otro enmascarado.*) recuerda que no te queda en el mundo si no la mas adorable de las madres; que fuiste protegido hasta ahora, por el entrañable amor que te tiene; que meció tu cuna y alhagó tu infancia con sus caricias, y que tratas de ser ingrato á tanto amor, á tanta solicitud... Piénsalo bien... El dia en que las puertas de un calabozo se abran para su hijo, las de la tumba se cerrarán sobre ella... Francisco, querrás vivir con el remordimiento de haber asesinado á tu madre?..

FRAN. (*tirando la careta.*) Mi madre! Pobre madre mia! (*quitándose igualmente que sus amigos el dominó y apareciendo en trage de baile.*)

CON. A la verdad, señora, que vuestra manera de embromar, es demasiado lúgubre.

DUQ. Y es culpa mia, si me encuentro rodeada de sombrios conspiradores?..

CON. Que habeis estado á punto de entregar en manos de la justicia...

DUQ. Si os amenacé, fué para impedir que continuaseis una conversacion imprudente... Si hubieseis dicho una palabra mas, erais perdidos...

CON. Y podremos saber, señora, el motivo de ese vivo interes que demostrais por nosotros?

DUQ. Vais á saberlo... amo á uno de los tres... le amo hasta el estremo de dar mi vida por él; el temor, el peligro que corria por su imprudencia, me inspiró el arriesgado proyecto que instantáneamente puse en ejecucion; pero aquel á quien amo, no lo sabrá nunca, á menos que no llegue yo á ser amada por él algun dia... Providencia invisible velaré continuamente por su destino, por su felicidad; pero mi secreto bajará conmigo á la tumba.

CON. Ah señora; juzgadnos mejor! Aquel de quien hablais, sea cual fuere, sabiendo que es amado y preferido de vos, caeria al instante á vuestros pies.

DUQ. Jamás!..

CON. Poseis dos noblezas, señora, privilegio bien raro; la una que debeis al talento; la otra al nombre que habeis heredado de vuestro esposo... Un secreto debe ser siempre respetado; guardad el vuestro, señora, pero por hoy, hacedme el honor de sentaros á mi mesa.

DUQ. Sea, pero con la condicion de que no hablaremos de política.

CON. Ola! Guiacomo!

ESCENA V.

Los mismos, GUIACOMO, PEDRO, *y dos criados.*

GUIA. Me llamais, señor?,,

CON. Si, que nos sirvan la cena...

GUIA. Al momento... Vamos á ver... (*á los criados.*) pronto, servid la mesa... Monseñor necesita que sus órdenes se ejecuten al punto... (*dos criados colocan la mesa en primer término, colocando sobre ella fiambres, dulces y gelatinas.*) Qué os detiene?..

PED. Ya vamos, señor Guiacomo.

CON. Guiacomo !..

GUIA. Monseñor?.. (*acercàndose.*)

CON. (*bajo.*) Cumpliste mi encargo?

GUIA. Si, monseñor... fui á la torre del Greco y entregué los cincuenta mil ducados á vuestra parienta. (*bajo.*)

CON. Hablad bajo...

GUIA. Y la jóven novicia estará libre dentro de ocho dias; el tiempo necesario para avisar á una tia suya que debe venir á buscarla.

CON. Te callarás?

DUQ. Una novicia?

FED. Cincuenta mil ducados!

DUQ. En todo esto debe mezclarse alguna historieta amorosa!

CON. Os engañais, señora; es una deuda de gratitud, deuda sagrada que he satisfecho, y nada mas; el padre de esa jóven me salvó en cierta ocasion, mas que la vida, y á mi vez he debido salvar á la hija.

DUQ. Os creo, Conde, os creo... conozco la bondad de vuestro corazon, y la nobleza de vuestros sentimientos!...

CON. Cuando gusteis, mi bella Duquesa... (*inclinándose y ofreciéndola la mano.*)

GUIA. Una Duquesa!..Ya no me sorprende el que sea tan hermosa!.. (*se sienta á la mesa.*)

CON. Es ya bastante tarde; no tenemos necesidad de vosotros, y podeis retiraros á descansar. (*Guiacomo y los criados saludan y se retiran.*)

ESCENA VI.

Los mismos, menos los criados. El Conde coloca dos pistolas sobre la mesa.

DUQ. Qué es eso, Conde? Acostumbrais á cenar con semejantes testigos?

CON. Que quereis, señora; es una antigua costumbre de conspirador...Vamos, Francisco, Federico, ayudadme á hacer los honores de mi casa. Brindemos por la Duquesa, y por el feliz mortal que no quiere nombrar, y que tanto deseo conocer.

DUQ. Vamos, Conde, que no sois tan curioso como quereis aparentar!

CON. Os engañais, señora!

DUQ. Entonces, comprendeis las curiosidades?

CON. Sin duda alguna, aunque en varias ocasiones haya predicado lo contrario.

DUQ. Entonces, dispensareis en mi el mismo defecto si os pregunto lo que hay de cierto, sobre un lance terrible, segun me han dicho, que afrontasteis hace algunos dias, contra un hombre de este pais, llamado Stenio Salvatori?

CON. Es verdad, señora...

DUQ. Ese hombre os ha jurado un odio mortal, y en Italia no se debe jugar con el odio... Contadnos lo que os aconteció...

CON. Pues bien, señora; fué á la salida de una reunion política que yo acababa de presidir en las ruinas de Pompeya...

DUQ. Por la noche?...

CON. Justamente; mis asociados se habian retirado ya... quedé solo, y á mi vez iba tambien á retirarme, cuando distingui, entre las sombras, y recatándose detrás de una columna, la figura de un hombre que, huyendo mi encuentro, trataba de perderse en la oscuridad... Me adelanté hácia él... y era ese mismo Stenio que acabais de nombrar...

DUQ. Que os habia espiado, no es esto?

CON. Naturalmente; sin decir una palabra, sin cambiar una frase, me lancé sobre él... Una lucha terrible, encarnizada, se trabó entonces entre ambos; lucha con daga... pié contra pié, pecho contra pecho... enlazados como dos serpientes que quisieran devorarse.

DUQ. Pero eso es horrible!..

CON. En un momento de descuido, la daga de Stenio hirió ligeramente mi pecho; pero debilitadas sus fuerzas, al paso que yo habia reservado las mias... oprimiéndole á mi vez, estrechándole entre mis brazos, hasta el estremo de sofocarle, lo arrojé en tierra, aturdido y medio desmayado. Pude entonces matarlo... pero no quise deshonrar mi puñal, y me contenté con atravesarle el brazo para castigar su audacia... En seguida abandoné aquel sitio, dejando que se revolcára con las convulsiones del dolor, como se abandona al aspid que ha intentado mordernos.

DUQ. Debisteis matarlo, Conde; en nuestro pais las heridas sangran por largo tiempo sangre, hasta que la venganza las cicatriza.

FRAN. La Duquesa tiene razon.

CON. Nuestros amigos estaban enmascarados, y no pudo reconocer á ninguno.

DUQ. Pero os conoce á vos, y ese hombre me causa miedo!...

CON. En cuanto á mi, señora, tengo por costumbre no pensar nunca en el peligro, en tanto que no se presente frente á frente. (*dan un aldabonazo en la puerta interior.*)

FED. Han llamado!...

CON. Quién puede ser ahora?

FRAN. Tal vez, ese aturdido de Gustavo.

FED. Ya pronto va á amanecer.

FRAN. Y el baile habrá concluido.

CON. Pero sea el que fuere, se cansará de llamar, porque los criados se habrán acostado ya...

FRAN. Y qué importa?.. Yo voy á abrir, pero no lo haré sino á él solo.

CON. O algun otro de nuestros amigos... si viene con él...

FED. Corriente... pero me ha de dar primero la contraseña... (*la Duquesa hace un movimiento; Monte-Sagrado observa.*)

ESCENA VII.

EL CONDE, LA DUQUESA *y* FRANCISCO.

CON. Verdaderamente, señora, estoy avergonzado de la recepcion que os he hecho... La habiera querido mas espléndida, mas digna de vos; pero nosotros somos en el dia unos pobres conspiradores, que vivimos en el retiro mas completo, por lo cual suplico á vuestra bondad un poco de indulgencia... Por lo demás... siendo uno de nosotros amado por vos, y dado caso que yo fuera el afortunado mortal, el convite de aquel á quien se ama, es el mejor de todos los convites.

DUQ. Conde, os parece estraña la tardanza de Federico?...

FRAN. En efecto... y voy yo mismo á ver en qué consiste. (*vase.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE, LA DUQUESA.

CON. Ah! señora, seria yo, por ventura, el misterioso objeto de ese amor? Ya que la casualidad me favorece... ya que estamos solos, hablad; decidme lo que tanto anhelo saber!...

DUQ. La casualidad trastorna á veces las previsiones mejor calculadas; pero no pensais, como yo, que es muy estraña esta tardanza?... No temeis algun suceso imprevisto?

CON. (*interponiéndose.*) Concededme vuestro amor, señora, y en cambio os entregaré mi corazon, que no ha temido nada... ni temerá jamás! Ah!... (*da un grito de sorpresa, se levanta y amartilla las pistolas.*)

ESCENA IX.

Los mismos, STENIO *y carabineros napolitanos. La puerta que está en frente del Conde, se abre y aparecen en su dintel dos carabineros napolitanos. Monte-Sagrado vá á disparar sobre ellos, al tiempo que por la puerta de la derecha aparecen nuevos carabineros precedidos de Stenio que trae el brazo suspendido de una cinta negra.*

DUQ. Ah!

STE. Ahí le teneis... Ese es el Conde de Monte-Sagrado.

CON. Stenio Salvatori! Y eres tu el que me haces prender?... Miserable!...

STE. Como traidor y conspirador contra el Estado.

CON. Diez contra uno! (*tirando las pistolas sobre la mesa.*) Estas armas de nada me sirven; la partida no es igual... Me entrego, señores; pero puedo saber á dónde se me conduce?

GEFE. Al castillo de Fenestrellas...

DUQ. (Como su padre!... Dios mio está perdido!.... Ah!.. (*cae desmada en el sofá.*)

CON. Se ha desmayado... Oh! no tiene duda, yo soy el objeto de su amor. (*hace un movimiento y da un paso hácia la Duquesa; se detiene y retrocede. La dirige una mirada de cariño, y haciendo un supremo esfuerzo, se dirige á los carabineros.*) Partamos, señores.

STE. Pronto volveremos á vernos, señor Conde!... (*enseñando el brazo vendado.*) Aun no estamos pagados.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de la duquesa, puertas en el foro que dan á los jardines.

ESCENA PRIMERA.

DUQUESA *y el* CONDE; *la Duquesa, dejando el bordado que tiene en la mano y dirigiéndose al conde, que sentado en una butaca parece absorbido en sus meditaciones.*

DUQ. En qué pensais, mi querido conde?

CON. (*con un ligero estremecimiento como el que se despierta.*) Ah! pensaba en mi felicidad, en la vida de deli-

cias de que me habeis rodeado en este encantador pueblo de Anteuil, donde vinimos á refugiarnos al abandonar la Italia.

Duq. No crei nunca que la felicidad pudiera entristeceros.

Con. Entristecerme? No, pero recorro en mi pensamiento todos los sucesos que se han verificado de seis meses á esta parte; y todo esto me impresiona y me maravilla... Sin vos, yo no seria hoy otra cosa que un fugitivo, un proscripto, errante de pais en pais; sin asilo, mendigando tal vez el sustento; porque todos mis bienes fueron confiscados; vos habeis opuesto á mis enemigos otras pruebas que han venido á destruir la accion fulminada contra mi... A vos, pues, lo debo todo.

Duq. No os dije en Nápoles, precisamente en la noche fatal en que fuisteis preso, que seria la Providencia invisible de aquel á quien amaba? Y el que amaba, no era el conde de Monte-Sagrado?

Con. (*con marcada espresion de cariño, besándola la mano.*) Mi noble, mi generosa amiga!

Duq. El dia que las puertas del castillo de Fenestrellas se abrieron para vos, fué el mas hermoso de toda mi vida. Os lo habia predicho, mi querido Conde; el odio es terrible en Italia. Ese miserable Stenio, os acriminaba delante de los jueces, con un escarnecimiento!

Con. Tanto mas violento, cuanto que esperaba aprovecharse el denunciador, de la mayor parte de los bienes de su víctima.

Duq. Gracias á mis amigos y á los poderosos protectores que pude proporcionaros, fuisteis absuelto. El mismo Stenio, sufre hoy la pena del Talion, ocupando vuestro lugar, y condenado como calumniador... pero, á qué recordar aquellos dias de angustia y de amargura?

Con. Para grabar su recuerdo en mi corazon, con eterno agradecimiento!..

Duq. No es agradecimiento, sino amor, lo que yo necesito; el título de esposa vuestra, como me habeis prometido.

Con. Señora!..

Duq. No dudo de vuestro cariño, pero temo á la exaltacion de vuestra cabeza, lo cual me inquieta mas cada dia... El recuerdo de vuestros amigos os preocupa.

Con. (*vivamente.*) Hablad bajo, Duquesa, una palabra imprudente pudiera comprometerme. Es verdad que mis amigos y yo, fieles á la causa que hemos abrazado, no desistimos de nuestro plan; que nos proponemos realizar nuestros antiguos proyectos, y á la vuelta del imperio en Francia, es muy posible, si nadie hace traicion al misterio profundo de que nos rodeamos...

Duq. Aun nuevos peligros! (*con sentimiento.*)

Con. Por una noble causa, señora! Nada temais, mis únicos confidentes son Francisco y Federico... pero precisamente es la hora en que debo reunirme con ellos en Paris, y voy á tomar el carruage. (*preparándose para salir.*)

Duq. Es inútil, conde; no encontré mejor medio para reteneros hoy á mi lado, que el de invitarles á pasar este dia con nosotros; los aguardo de un momento á otro.

Con. Cuánta bondad! (*estrechándola la mano.*)

Duq. Es una sorpresa agradable que he querido proporcionaros, y espero que no será la única en el resto del dia.

Con. Qué quereis decir?

Duq. Que nuestra soledad de Anteuil va á animarse y embellecerse con la presencia de una tercera persona, que debo presentaros esta misma mañana!

Con. Y no podré saber?..

Duq. Es mi secreto; pero tranquilizaos, mis conspiraciones no son tan peligrosas como las vuestras. (*tendiéndole la mano.*) A Dios, pues, amigo mio; voy á recibir mi sorpresa. (*le besa la mano á la Duquesa que se va.*)

ESCENA II.

El conde, *solo, mirándola marchar.*

Qué noble corazon! Cuánto cariño y ternura!.. Y por qué he de ser yo indigno á tanto amor? Por qué esa esmerada solicitud que hace algunos meses era mi única felicidad, es hoy un peso que me abruma, una cadena que lucho en vano por romper? Ah! lo comprendo! Mi cabeza es únicamente la que habla en favor de la duquesa de Parma, en tanto que mi corazon pertenece á otra... Es que sin cesar se reproduce en mi pensamiento la imágen de esa jóven que arranqué del claustro, y que mi estraño destino me hizo ver un dia en Nápoles, algunos meses despues de salir de mi prision... Un ángel de belleza y de candor, cuyo retrato llevo grabado en el alma. Desde aquel momento, y á pesar mio, sigo sus pasos, pero invisible, ignorado de ella, como debo serlo siempre. Esta misma mañana he escrito á Federico, abriéndole mi corazon, contándole mis amarguras, como el depositario mas leal y mas afectuoso de mis pensamientos... Guiacomo fué el encargado de llevarle la carta; habrá cumplido con su comision?

ESCENA III.

El Conde, Guiacomo.

Guia. Uf! en este pais hace casi tanto calor como en Nápoles, y tengo que dar mas órdenes en esta casa, que antiguamente en la del señor Conde. Esta es la vida; siempre llena de trabajos!..

Con. Eres tú, Guiacomo? Llevaste la carta que te encargué, para mi amigo Federico?

Guia. La hice llevar por otro, es lo mismo.

Con. No es lo mismo, maldito perezoso; porque en otro no tengo confianza de que haya cumplido bien.

Guia. Perezoso! Por mi vida que!.. El señor Conde habla de mi como sus criados, cuando por el señor seria yo capaz... qué se yo de lo que seria capaz!

Con. No, no, mi valiente Guiacomo; ya sé que me profesas un entrañable cariño, y que te arrojarias al fuego por mi.

Guia. Del mismo modo que monseñor se arrojó al agua por salvarme la vida, el dia en que el pobre Lazaroni se cayó en el puente de Nápoles... Bien me acuerdo; fué en el fondo del mar donde hice conocimiento con el señor Conde; desde aquel dia mi vida le pertenece.

Con. Si, si, ya lo sé... pero y mi carta! (*impaciente.*)

Guia. Ah! si, la carta, se la confié á un pobre hombre, un compatriota nuestro, que vive de la caridad pública.

Con. Qué significa!..

Guia. He dicho que vive de las limosnas que recoge, y no tiene otro domicilio, segun parece, que la calle en que vivimos... Siempre está de centinela á la puerta, para hacer los recados que se le encargan, y ganarse una propina.

Con. Es decir, que estás seguro del mensagero?

Guia. Vaya! ya lo creo! Pero aqui viene precisamente el señor Federico, y él podrá daros personalmente la respuesta.

Con. Está bien; déjanos.

GUIA. (*marchándose.*) Lo que es el mundo! Si el mendigo llevase un rico trage, guantes y perfúmes, no se desconfiaria de él.

ESCENA IV.

EL CONDE, FEDERICO, FRANCISCO.

CON. Has recibido esta mañana una carta mia?..

FED. No; la habrán llevado despues de salir yo, y la encontraré cuando vuelva. Y qué me decias en ella?

CON. Os daba cuenta á los dos, y en los términos que tenemos ya convenidos, del estado de nuestros negocios... Os anunciaba que nuestras operaciones aumentan cada dia, y las probabilidades son mayores. El general Mauroy, antiguo servidor del imperio y padre de nuestro amigo Gustabo, se halla en París, y es nuestro mas activo y poderoso ausiliar; nos proporciona sin cesar nuevos adictos en el ejército, en el pueblo, en el comercio... Pocos dias mas, y tocaremos el triunfo... Pero ni una palabra delante de la duquesa.

FRAN. (*mirando por la derecha.*) Precisamente se dirige á este salon; pero no viene sola; otra señora la acompaña.

CON. Algunas visitas; salid por aqui, y esperadme en esas habitaciones. (*abre la puerta de la izquierda.*) Al momento me reuniré con vosotros.

FED. Si, si, los hombres de negocios dejan lugar por ahora á la frivolidad de las jóvenes, y esa es la gente de buen humor.

CON. Hasta el dia próximo en que el trueno despierte á todas las clases de la sociedad.

ESCENA V.

EL CONDE, AMINTA, *la* DUQUESA.

DUQ. Mi sorpresa llegó antes de la hora en que la esperaba, y vengo á presentárosla. La señorita Aminta de Roveró! (*presentándola al conde.*)

CON. Cielos! Aminta!.. Aminta aqui?

DUQ. El señor Conde de Monte-Sagrado... (*Aminta al Conde.*)

AMIN. De quien mi padre me hablaba continuamente!..

DUQ. Si, mi querido Conde; la señorita Aminta de Roveró, que su tia al morir ha legado á mi amistad.

CON. Ah! conque vuestra tia ha muerto?

AMIN. Hace algunos meses; tuve la desgracia de perderla en Nápoles. La señora Duquesa, que conocia á mi padre, fué siempre una segunda madre para mi; asi, que mi tia en su última hora, no creyó deber confiarme á mas noble y digna protectora.

DUQ. (*al conde sonriéndose.*) Y como comprendereis, yo he aceptado ese encargo con sumo gusto.

AMIN. Cuán buena sois!

DUQ. Pero siendo tan hermosa, como lo es mi bella ahijada, mi mision de tutora podria ofrecer muchos peligros; espero encontrar bien pronto un esposo que la ame, que la haga feliz, salvando de este modo la grave responsabilidad que pesa sobre mi.

CON. Un marido!

AMIN. Gracias, señora, pero no pienso en casarme.

DUQ. Pero soy yo la que debo pensar por vos, y todo lo tengo preparado... Si, mi querida amiga, comerei hoy con el esposo que os destino, y al que he convidado tambien.

CON. Es Federico!

DUQ. No!

CON. Francisco!

DUQ. Tampoco?

CON. Quién puede ser entonces?

DUQ. Ah! Conde, la curiosidad es un vicio que descuella en vos de una manera admirable! Aminta tiene menos empeño en conocerle; y sin embargo, es la mas interesada. Lo que puedo deciros es, que nuestro novio en cuestion, en un hermoso jóven.

AMIN. Y qué importa, si yo no le amo?

DUQ. Os aseguro que le amareis; es jóven, tiene talento, lleva un nombre ilustre, y es poseedor de una regular fortuna.

CON. Pero un casamiento asi, tan de repente...

DUQ. Cumplo con mi deber de tutora; nuestra sociedad ofrece, como he dicho, mil peligros para las jóvenes solteras, habiendo de luchar continuamente en el palenque del amor, con hombres, que como vos, tienen fama por su buena fortuna .. Y á propósito, recuerdo ahora que me debeis una esplicacion sobre cierta aventura...

CON. Cuál!

DUQ. La de aquella jóven novicia del convento de la Torre del Greco... Segun parece, erais su generoso protector?

AMIN. (Una novicia!)

CON. (Silencio, señora, os lo suplico.)

DUQ. Ah! conque teneis miedo de que yo hable? Una novicia, una loquilla á quien debeis conocer, bonita sin duda, porque sin esta condicion, el Conde no se hubiera interesado tanto, ni hubiera sacrificado como sacrificó por ella, nada menos que cincuenta mil ducados!

AMIN. Cincuenta mil ducados!

DUQ. Veinte y cinco para sacarla del convento, y otros veinte y cinco para formarla una dote.

AMIN. Ah, señor Conde! Cuánta generosidad y nobleza!

CON. Qué haceis, señorita! (*tratando de levantarla.*)

AMIN. No, no, dejadme! Debo bendeciros, daros gracias de rodillas.

CON. No puedo consentir!.. (*insistiendo.*)

DUQ. Conque erais vos?.. Ya lo presumia!.. (*Aminta se levanta.*)

CON. He aqui vuestra obra, señora.

AMIN. Si, era yo, yo, que he tratado inútilmente de conocer á aquel á quien se lo debo todo. Ah! señor Conde! El beneficio era digno de vos!.. Pero, por qué ocultarme vuestro nombre?

CON. Qué hablais de beneficio, señorita? Por mi honor os juro que es una deuda que he satisfecho, y aun no estoy suficientemente pagado con vuestro padre.

DUQ. Esplicaos.

CON. Era en 1809... hace diez años. Me hallaba en Viena, y no poseia la inmensa fortuna de que hoy puedo disponer. Arrastrado por la loca pasion del juego, perdi una suma considerable; era preciso pagar, porque la deshonra me amenazaba... El suicidio acudió á mi pensamiento, y ya estaba decidido á poner fin á mi existencia, cuando un compatriota, á quien no conocia, vino generosamente á mi socorro; pagó mi deuda, y me salvó, no solo la vida, sino el honor.

AMIN. Y bien...

CON. Era vuestro padre, señorita, y ahora comprendereis que tengo razon al deciros, que yo no he hecho mas que pagar una deuda de reconocimiento.

DUQ. (Qué singular encuentro!) Si yo hubiera sabido...

AMIN. Mi gratitud no es por eso menos profunda.

CON. No hableis en lo sucesivo de gratitud; existe entre nosotros un lazo, que vuestro mismo padre formó, y que vos no teneis derecho de romper; el me trató siempre como á un hijo; aceptadme, señora, como el hermano mas cariñoso.

AMIN. Cuán feliz soy!

DUQ. (Dios mio! que emocion estraña es la que esperimento!) Pero debeis tener necesidad de reposo, mi querida Aminta. (*toca un timbre y aparece una doncella.*) Hé aqui vuestra doncella; podeis pasar á vuestro cuarto, y arreglar vuestro tocado; poneos bien hermosa, porque yo no desisto de mi proyecto... (Y ahora menos que nunca.)

AMIN. A Dios, hermano mio, hasta luego. (*tendiéndole la mano y vase.*)

DUQ. Por ahora os devuelvo vuestra libertad... (*al conde.*)

CON. De la cual me aprovecharé para reunirme con mis amigos, que me esperan, y que aun no han podido presentarse á vos. Hasta luego, Duquesa.

ESCENA VI.

LA DUQUESA, *despues*, STENIO.

DUQ. Era ella! No sé qué estraña emocion se ha apodèrado de mi, escuchando la relacion del Conde. Pero cómo dudar de él? Esta misma mañana no ha jurado que me amaba? No tengo su palabra? No debo ser en breve su esposa? Ah! (*vuelve la cabeza y se encuentra frente á frente de Stenio, que disfrazado de mendigo se ha deslizado sin ruido en el salon; la Duquesa retrocede asustada.*) Quién es este hombre?.. Quién sois? Qué me quereis?

STE. Un pobre italiano, errante y proscripto. El palacio de la señora Duquesa, no está siempre abierto para los desgraciados?

DUQ. Ah! una limosna... tomad. (*saca varias monedas.*)

STE. Perdonadme, pero no vengo á pediros nada, sino á prestaros un gran servicio..

DUQ. Un servicio? Qué puede haber de comun entre vos y la Duquesa de Parma?

STE. No es cuerdo, señora, despreciar un aviso ni un consejo, por miserable que parezca la condicion de la persona de quien procede. En este momento estais agitada, intranquila... presentis una desgracia en el encuentro fortuito de la señorita de Roveró y el señor Conde de Monte-Sagrado.

DUQ. Qué! Vos sabeis!..

STE. Lo sé todo... es mi oficio,

DUQ. Pero acabemos de una vez; quién sois?

STE. Esta barba, estas arrugas y este trage me desfiguran, pero miradme bien.

DUQ. Stenio, el acusador del Conde!

STE. Ese nombre lo dice todo, Duquesa; él recuerda la ofensa; él esplica mi odio irreconciliable hácia ese hombre.

DUQ. Y con qué objeto el infame denunciador, osa introducirse en la casa de la muger que ama el Conde, y de la que es amado?

STE. Porque el denunciador sabe, que el corazon de la Duquesa de Parma es un corazon italiano; que se abre al amor como al odio, y tan dispuesto á amar con idolatria, como á aborrecer de una manera violenta; porque conoce la volubilidad y ligereza de su enemigo, y estaba seguro de que llegaria el dia en que el Conde de Monte-Sagrado pagaria amor tan inmenso con una inicua ingratitud; y que entonces, la hora de la venganza sonaria para la Duquesa de Parma, como sonó hace tiempo para Stenio Salvatori... Esa hora ha llegado, señora; el Conde os hace traicion, porque ama á otra muger..

DUQ. Mientes! Eso no es posible.

STE. Vuestro pensamiento no se acuerda en este instante de las palabras que vuestros labios pronuncian.

DUQ. Bien; pruébame lo que acabas de decir. (*le dá la carta.*)

STE. Leed.

DUQ. Una carta del conde á Federico...

STE. Escrita esta mañana.

DUQ. Y cómo se halla en tu poder?

STE. Porque su fiel Guiacomo ha querido evitarse la incomodidad de llevarla, y me ha encargado de la comision.

DUQ. Y está abierta; por ti sin duda? No puedo rebajarme á ser tu cómplice; no la leeré.

STE. Entonces seré yo quien la lea, porque no quiero que por segunda vez se me acuse de calumniador.

DUQ. (*arrancándole la carta.*) Mi mano tiembla, mi vista se oscurece. Qué quiere decir esto? (*haciendo un esfuerzo para leer.*) Aqui se trata de negocios de comercio. «Las piastras abandonan á París, los ducados á Nápoles; los florines á Alemania.»

STE. Piastras, ducados y florines, significan los numerosos amigos que el conde asocia cada dia á la conspiracion de que es gefe; pero continuad.

DUQ. «Deberia ser dichoso con estas noticias, amigo mio; pero otros pensamientos agitan mi dolorido espíritu, los cuales quiero confiarte, porque para ti no tengo secretos. Es una cadena que me oprime. Temo no amar á la Duquesa como en otro tiempo; en vano recuerdo todo lo que ha hecho por mi; un fantasma se opone entre los dos, y es la imágen de la jóven á quien arranqué del claustro... Lucho en vano con este recuerdo, pero sin cesar me persigue á todas partes... No la he visto mas que una vez, y si volviese á encontrarla!.. Dios no permita que la vuelva á ver.» El infierno, el infierno!

STE. Y hoy la ha vuelto á ver, señora, y presentada por vos.

DUQ. Fatalidad! Fatalidad!... Pero ella no sabe nada?

STE. Un amor como el del conde, no resiste al silencio mucho tiempo.

DUQ. (*agitada.*) Y ella le amará tambien; cómo no amarle? Quién sabe! La ofrecerá su mano y su nombre?..

STE. Y de qué la servirá un nombre deshonrado?

DUQ. Deshonrado? El! Cuya lealtad y buena fama es reconocida y apreciada por todo el mundo!

STE. Y qué importa? Ahora aprendereis á conocerme, porque es ahora cuando mi venganza empieza; venganza hábil, profunda, terrible, para la cual me ha servido el mas profundo aliado.

DUQ. Y ese aliado, quién es?

STÉ. Ese aliado, señora, es un mónstruo horriblemente feo, con quien todo el mundo vive, que todo el mundo conoce, y del que nadie sospecha, ni aun sus mismas víctimas; sus golpes son tanto mas seguros, cuanto que es acogido y considerado en nuestra sociedad, lo mismo en el palacio del rico que en la cabaña del pobre. Ese mónstruo no tiene nombre, es una formacion del lenguage; únicamente una locucion compuesta de dos palabras: *se dice*; conoceis á la señora tal ó al señor cuál? Preguntan designando una persona cualquiera... «No mucho, pero *se dice* que sus costumbres no son buenas; que los vicios han destruido su fortuna, que su familia es desgraciada.» Estais seguro! Yo? No por cierto, pero *se dice* todo esto, y mucho mas que no se puede decir.—Desconfiad de ese banquero tan rico, y cuyo crédito se coloca al nivel de las primeras casas de comercio... Tomad vuestras medidas y aseguraos bien!—Qué disparate! Si es una de las mejores y mas acreditadas! Si su fortuna es inmensa!—En la apariencia, si; pero *se dice* que sus negocios están muy

embrollados, que ha suspendido algunos pagos!—Teneis la prueba?—Pueden presentarse pruebas en cierta clase de negocios! Pero *se dice*. Y esta palabra terrible, va, viene, hiere y mata el honor de un hombre, ó la reputacion de una muger, por elevada y considerada que sea la una ó la otra, sin que este hombre ni esta muger lleguen á conocer jamás la mano que los asesina.

DUQ. Si, si, todo eso es verdad!...

STE. Y tanto, que á estas horas el conde de Monte-Sagrado es víctima de ese mónstruo que me sirve de auxiliar. Algunos *se dice* hábilmente esparcidos por mi, han mordido ya su reputacion. El conde es el gefe de una basta conspiracion, de la cual el gobierno francés necesitaba la llave, y soy yo quien la ha fabricado para entregarla.

DUQ. Qué quereis decir?

STE. Que una noche en Nápoles acababa el conde de recibir las listas de sus asociados de París; dormi con un narcótico á su fiel Guiacomo, encargado de velar por el precioso depósito, y copias hábilmente falsificadas fueron hechas en muy poco tiempo, y reemplazaron á los originales que el conde cree poseer todavia. Armado de estas pruebas, he venido aqui, me he presentado al gobierno, enmascarado, porque tal era la condicion impuesta por mi de ántemano, y lo he revelado todo.

DUQ Cielos! Pero eso es entregarle á la muerte!

STE. A la muerte!.. No por cierto; mi venganza ansiaba mas, era su honor lo que yo necesitaba; ese honor de que está tan orgulloso! Lo he revelado todo, y en su nombre!

DUQ. En su nombre!

STE. Y se me ha creido cuanto he dicho. He entregado, como que venian de él, las pruebas terribles de que me apoderé un dia; me he estipulado la impunidad para él y el secreto mas profundo; frente á frente con los cómplices, cualquiera que fuese el resultado; lo he hecho, en fin, inscribir como denunciador.

DUQ. Desgraciado!

ETE. En estos momentos se han hecho ya varias prisiones, y en los círculos de la capital *se dice* que el conde no es estraño á la delacion. Se alejan de él; las miradas sospechosas le siguen, y bien pronto el abandono y el desprecio rodearán á ese hombre tan mimado de la fortuna, tan orgulloso con su honradez. La locucion que os he revelado, hace un terrible camino en la sociedad.

DUQ. Dudo si estoy dormida, ó si velo! Me parece que me domina un sueño espantoso, un sueño de sangre! Te he escuchado, Stenio, con el alma llena de ese pavor que inspira el silvido del áspid, ó el rugido de la hiena, porque jamás asesinato moral fué más hábilmente combinado; jamás una trama infame ha sido mejor urdida; pero yo descubriré tu proyecto infernal, yo salvaré al conde, y desde este momento me declaro tu enemiga.

STE. Como gusteis, señora; pero entonces el conde, siempre grande, noble, considerado, se unirá á la novicia de la Torre del Greco.

DUQ. Ah! tú quieres utilizar mis celos!.. Infame!.

STE. Entonces, el mundo se burlará con la sonrisa de la compasion de aquella á quien el conde habrá despreciado... No faltará quien murmure, aunque mentira sea, *se dice* que fué su dama, y que se cansó de ella... Y la duquesa de Parma, entonces abrirá paso, desairada y mordida en su reputacion, á la nueva esposa que debe conducir al altar el conde de Monte-Sagrado.

DUQ Stenio, eres una serpiente!

STE. Ya lo sé, Duquesa; pero es preciso arrastrarse como la serpiente, cuando uno no puede ser tigre; y estoy seguro que el agudo dardo del uno, no vale menos en ciertas ocasiones que los dientes acerados del otro.

DUQ. Vete; me causas horror!

STE. Parto pues; pero en la seguridad de que antes que llegue la noche, me habreis llamado.

DUQ. Nunca! Nunca!

STE. He aqui que llega vuestra rival; ella abogará por mi... y hará bien, porque tambien me pertenece. (*vase.*)

ESCENA VII.

LA DUQUESA, AMINTA.

DUQ. (Aminta! Y esta carta!...)

AMIN. Qué teneis, señora? Pareceis conmovida, agitada...

DUQ. No es nada, hija mia, nada. Segun veo, no habeis perdido el tiempo; vuestro tocado es del mejor gusto; en él encuentro cierta coqueteria, que me sorprende en una pobre niña que ha salido del convento hace poco tiempo.

AMIN. No os burleis, señora! Ni siquiera se me ha ocurrido la idea.

DUQ. Ni aun la de aparecer hermosa á los ojos de vuestro bienhechor?

AMIN. A los del Conde?

DUQ. (Se ha turbado!)

AMIN. El conde no puede pensar en mi, ni yo en él, sino como un amigo; bien lo sabeis, señora.

DUQ. Qué quereis decir?

AMIN. Quiero decir, que la doncella que me habeis destinado, me lo ha contado todo... El señor de Monte-Sagrado debe muy pronto casarse...

DUQ. Conmigo, no es esto?.. Es verdad, pero la realizacion de este enlace es cuestionable todavia; por mi parte no pienso encadenarme tan pronto.

AMIN. Será cierto! (*con alegria.*)

DUQ. Observo en la espresion de vuestra alegria, que no sentis el que aplace mi matrimonio?

AMIN. Si en él no hallabais la felicidad, nada tiene de estraño...

DUQ. (*observando.*) Seamos francas, mi querida Aminta, esa felicidad que yo pongo en duda, no creeis que seria colmada para alguna otra persona?

AMIN. No comprendo á quién aludis.

DUQ. A una encantadora jóven, que debe al Conde de Monte-Sagrado, uno de los bienes mas preciosos que la vida, la libertad.

AMIN. Oh! señora!

DUQ. Por qué sonrojarse? El reconocimiento está muy próximo del amor.

AMIN. Del amor! Yo? Nunca, hasta ahora, he interogado á mi corazon; pero sois tan buena que voy á abrírosle, y leereis en él mejor que yo misma.

DUQ. Decid, decid!

AMIN. Desde mi mas tierna infancia, el nombre del conde ha sido contínuamente pronunciado delante de mi por mi padre, que era su amigo, y que le juzgaba siempre como el hombre mas generoso, mas bueno y mas noble que habia conocido. Mas tarde, en Nápoles, oi á todo el mundo encomiar y engrandecer estas mismas cualidades; asi que sin verlo, me sentia inclinada hácia él. Esta mañana le encuentro por primera vez; sé al mismo tiempo que á él se lo debo todo, y desde este instante la mas inmensa alegria inunda mi alma, que viene á confundirse con el agradecimiento mas profundo.

Duq. Silencio, señorita, he aqui al Conde.

ESCENA VIII.

Dichos, el Conde, Federico *y* Francisco.

Duq. La señorita Aminta de Roveró, una de nuestras mas bellas compatriotas.

Fed. El Conde acaba de participarnos, señora, la noble proteccion que la concedeis.

Fran. Y vuestra conducta en esta ocasion, no nos sorprende, porque hace tiempo conociamos vuestro corazon, que es el de un ángel.

Duq. Señores, por Dios! Debo á vuestra galanteria mas que yo merezco! (Cómo la mira!)

Amin. (Conozco que estoy turbada, y no me atrevo á levantar los ojos!)

Duq. Aun nos falta un convidado mas, señores.

Con. Del que hablasteis esta mañana!

Duq. Precisamente, y del que os he ocultado el nombre para castigar vuestra curiosidad; es la tercera sorpresa que os preparo hoy.

Con. Dificil será que tenga tanto éxito como la segunda.

Duq. Ella nos recordará algunas escenas del pasado, porque yo tengo muy buena memoria, y no olvido nada. Una noche en Nápoles, el dia fatal del baile en el teatro de San Cárlos, acepté un puesto en vuestra mesa, puesto que robé á uno de vuestros amigos, y que espero devolverle hoy en mi casa.

Con. Gustavo!

Amin. El señor de Mauray! Y es él á quien me destinais?

Duq. (Silencio!) Si, Gustavo de Mauray, que ayer llegó de Nápoles, y mañana parte para Lóndres, á donde va nombrado primer secretario de embajada.

Con. Ascenso merecido!

Fran. Gustavo tiene un noble corazon.

Fed. Es una idea peregrina, Duquesa, el habernos reunido en vuestra casa!

Duq. Segun parece, tengo muy buenas ideas; precisamente en este momento se me ocurre una, que quiero comunicársela al conde, pero á él solo, y os pido permiso para ello.

Fran. Cómo, señora! Sois muy dueña de hacer lo que gusteis; nosotros únicamente envidiaremos su buena suerte. (*se sienta y coge un periódico; Aminta y Federico hablan en el mismo lado, segundo término; la Duquesa lleva al conde á la derecha y la habla bajo.*)

Duq. Conde, teneis criados bastantes?

Con. Qué quereis decir!

Duq. Quiero decir, que esta mañana escribisteis una carta á vuestro amigo Federico, y que esta carta se halla en mi poder.

Con. Cómo, vos sabeis?

Duq. Lo sé todo, tomadla.

Con. Y la habeis leido?

Duq. Naturalmente, puesto que llegó abierta á mis manos.

Con. Pero quiero y debo deciros...

Duq. Ninguna esplicacion en este momento... nos observan.

Amin. (Qué le dirá!).

Fed. Gran Dios, qué es lo que acabo de leer!

Todos. (Qué sucede!)

Fed. Tres de nuestros amigos han sido presos la noche pasada.

Con. Será cierto!

Fed. Y cada uno de nosotros corre en este momento igual peligro.

Con. Calma, sangre fria; algunas sospechas todo la mas, no puede saberse nada.

Cria. El señor secretario de la embajada inglesa.

ESCENA IX.

Los mismos, Gustavo, *entra con aire grave, saluda á* Federico *y* Francisco, *y al ver al* Conde *hace un gesto de disgusto.*

Duq Venid, querido amigo; habeis tardado mucho.

Gus. Perdonadme, señora; he temido no poder venir personalmente á daros mis escusas. Mi familia, dichosa y feliz esta mañana, hace dos horas que se halla sumida en lágrimas, porque acabamos de ser heridos por la mayor de las desgracias.

Duq. Efectivamente, ya habia notado vuestra agitacion.

Con. Qué desgracia repentina ha podido aconteceros?.. Cualquiera que ella sea, teneis amigos, Gustavo, amigos que nunca os abandonarán. (*le tiende la mano que Gustavo rehusa estrechar; sorpresa del conde, que se vuelve á sus amigos como interrogando qué podrá ser.*)

Gus. Todo París os instruirá mañana del orígen de mi desgracia; por lo demás, aun cuando hubiera podido aceptar la invitacion con que la señora Duquesa me honra, jamás hubiera consentido en sentarme á la misma mesa que vos.

Con. Un insulto!... Vos! Oh! aqui debe haber alguna equivocacion.

Amin. (Yo tiemblo!)

Gus. Una equivocacion, no; un insulto. que por grave y directo que sea, no significa aun todo el desprecio que esperimento hácia vos.

Con. Miserable!

Duq. Tal escándalo en mi casa! Caballero!

Gus. Mil perdones, señora; esperaba encontraros sola, pero la presencia del señor conde de Monte-Sagrado, me hizo olvidar el respeto que os debo. Me retiro; en cuanto á vos, caballero, nada me resta que deciros, sino que me mantengo ahora y siempre en lo que llamais un insulto.

Con. Ese hombre está loco!.. Pero no puedo olvidar nuestra antigua amistad, y le doy de término hasta mañana para retractarse.

Gus. Mis testigos se presentarán esta noche en vuestra casa.

Con. He aqui los mios.

Gus. En medio de todo, sois feliz, caballero; no hubiera creido jamás que dos hombres de honor consintieran en apadrinaros en un duelo.

Con. Caballero! Otra vez!

Fed. Pero hablad al menos.

Fran. Decidme francamente de qué acusais al conde.

Gus. Si hablase, si os digese el motivo que me obliga á despreciarle, me seria imposible batirme con él, y deseo matarle. Esta noche mis testigos estarán en vuestra casa, como ya os lo he dicho, y mañana el juicio de Dios!

Con. Pero es el infierno que se desencadena contra mi!

Duq. (Y yo que podria con una palabra!..)

Amin. (Os batireis, no es cierto! Defended vuestra causa, tengo derecho á ello!)

Con. (Qué rayo de esperanza!)

Duq. (Y yo que iba á hablar!.. No, no, cúmplase su destino.)

Gus. Hasta mañana, conde de Monte-Sagrado; hasta mañana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Bosque de Boloña; al fondo y á la derecha, las ruinas de la Abadia de Lonchamps; á la derecha, un banco.

ESCENA PRIMERA.

STENIO, *cubierto el rostro.*

Este es el sitio elegido para el duelo; ninguno mas á propósito, porque no es fácil que aqui venga nadie á interrumpirlos. La Duquesa calla... los celos han mordido su corazon, como yo esperaba, y hasta me han dicho que este desafio era tambien uno de mis golpes... Oh! me hace demasiado honor; ni aun siquiera lo habia previsto; pero me sirve, y es una prueba mas de que la suerte me favorece. Si el conde muere, morirá deshonrado. De todos modos, es preciso que yo presencie el duelo... Dónde me esconderé? Entre esas ruinas!.. Si, en ellas podré verlo y escucharlo todo. Buena suerte y mejor fortuna, señor conde de Monte-Sagrado. (*se esconde entre las ruinas.*)

ESCENA II.

EL CONDE, FEDERICO, FRANCISCO *y* GUIACOMO; *este último con dos espadas y una caja de pistolas.*

CON. No ha parecido nadie.

GUIA. No señor, y hace mas de media hora que me paseo por aqui. (Que no pudiera encontrar al bribon del mendigo!.. El tiene la culpa de todo.)

CON. Está bien; observa por la entrada del bosque, y avísanos en el momento que el conde de Mauray y sus testigos se aproximen.

GUIA. Está bien, señor.

CON. A dónde vas cargado con todo eso? Colócalo sobre ese banco.

GUIA. No deseo otra cosa.

FED. Esas prisiones repentinas me preocupan, y lo que mas me sorprende, es que estemos nosotros libres aun.

FRAN. No será por mucho tiempo! Pero este duelo estraño, sin causa legítima, y en semejante momento!

CON. Y qué sabeis vosotros?.. Gustavo habrá perdido la cabeza; tal vez me acuse de haber arrastrado á su padre á tomar parte en esta conspiracion, que ha motivado su encarcelamiento. Pobre Gustavo! Le compadezco y le perdono, pensando en la desgracia que acaba de herirle.

FED. Tu valor nos es harto conocido, asi que, si podemos decidir á Gustavo á que te dé una satisfaccion honrosa...

CON. Arregladlo como gusteis, amigos mios; una simple escusa me es suficiente. Seria muy desgraciado, si me viese en el compromiso de verter la sangre de mi amigo.

GUIA. Aqui están ya.

ESCENA III.

Dichos, GUSTAVO, PAOLO, MARCO, *en trages de mañana, abrochados hasta el cuello, bigotes y cruz de la legion de honor en el ojal; traen otra caja de pistolas y dos espadas; saludo ceremonioso de una y otra parte; el Conde y Gustavo en los dos estremos, los demás en el centro.*

FED. Señores, el conde de Monte-Sagrado ignora, igualmente que nosotros, el motivo que haya podido dar para una injuria tan sangrienta como la que le ha hecho vuestro amigo, y puesto que él se niega á toda esplicacion, antes de pasar adelante...

FRAN. En ello, señores, cumplireis, sin duda, un deber de honor y de humanidad.

GUS. Vuestras instancias son inútiles, caballeros; ayer me negué á hablar, y hoy repito lo que dije ayer; si saliera de mis labios una palabra, el duelo era imposible, y yo quiero, no solo que este se verifique, sino que sea sangrientamente mortal!

GUIA. (Pero este hombre es un tigre!)

GUS. (*señala á los tres.*) Estos señores son antiguos amigos de mi padre. Han querido acompañarme, ignorándolo todo; tal es la mision que han aceptado.

FED. Sin saber el motivo porque os batis?

PAU. Gustavo es el mas noble corazon que conocemos; nos ha declarado que solamente hablaria cuando fuese herido mortalmente, ó el Conde hubiese dejado de existir. Nuestra confianza en su lealtad es tal, que no hemos titubeado en servirle y apadrinarle, respetando su secreto.

MAR. Añadió tambien, que estaba resuelto á poner al señor Conde de Monte-Sagrado, en la imposibilidad de rehusar el duelo, si la afrenta recibida no la creia suficiente.

CON. Basta, señores, basta!

FED. Corriente; hemos invocado sentimientos de humanidad que desgraciadamente no corresponden á los nuestros; solo nos resta cumplir con un triste y penoso deber.

FRAN. Nos hemos considerado hasta ahora, no como testigos de un duelo, sino como sacerdotes encargados de la salvacion de las almas, en ciertos momentos supremos; todo ha sido inútil... Sin tratar de investigar la causa de un silencio tan estraño, ni el motivo que haya podido guiar al señor de Mauray, en la indigna conducta que ha observado con un hombre tan honrado y tan caballero como el señor conde.

GUS. Basta, caballero; ni acepto el epiteto de indigno por mi conducta, ni el de honrado y caballero aplicado al señor Conde.

CON. Esto ya es demasiado; poned término á tantas dilaciones; una palabra mas y no respondo de mi.

FED. Falta entendernos en la eleccion de las armas.

CON. Me es indiferente; que el señor de Mauray escoja.

GUS. No acepto tampoco esa generosidad.

CON. Entonces, que la suerte lo decida.

FRAN. Pedid. (*tirando al aire una moneda.*)

MAR. Cruz, por la espada.

FRAN. Es cara. (*mirando la moneda.*)

PAU. Entonces, la pistola. (*Federico y Paulo cargan las pistolas.*)

CON. Qué haces tú aqui? (*á Guiacomo.*)

GUIA. Nada, señor! (Apenas puedo tenerme en pié!)

STE. (Esto va haciéndose interesante!) (*quitándose la careta.*)

FED. El señor conde se servirá de las armas del señor de Mauray, y este de las del conde; de este modo no podrá decirse nunca que haya habido ventaja por ninguna parte...

PAU. Es muy justo.

FRAN. (*despues de haber medido la distancia en compañia de Marco.*) Señores, colocados á quince pasos, y marcada la distancia, despues que hayamos nosotros hecho la señal, podrá hacer fuego á pié quieto ó avanzando, cuando cada uno lo tenga por conveniente.

CON. Está bien.

FRAN. Este es tu sitio. (*llevando al Conde y colocándole á la izquierda en primer término, y último término; en seguida los otros colocan á Gustavo en la derecha, cogen cada uno una pistola y la entregan montada ya de sus padrinos.*)

FED. Piensa en Aminta. (*entregando la pistola.*)
FRAN. Piensa en nuestra causa. (*los cuatro padrinos se reunen en el centro, y hablan bajo.*)
GUIA. Ah! señor y amo mio... si os sucediese una desgracia!..
CON. Esperanza en Dios! Pero ahora, vete.
GUIA. Si, si, pero abrochaos bien el chaleco; es un punto para el blanco; perfilaos lo mejor posible; y sobre todo, no os encolericeis, que eso hace temblar el pulso.
CON. Bien, bien; déjame.
GUIA. Ya me voy. (Pobre amo mio!) (*se retira á la izquierda; los padrinos se separan; Federico y Marco se colocan á la derecha primer término; Francisco y Paulo izquierda, último término.*)
FED. En guardia, señores. (*se colocan en guardia; momento de silencio.*)
FRAN. Fuego á discrecion!
(Gustavo adelanta dos pasos y se para, y apunta; el Conde, sin moverse, baja el cañon de su pistola y apunta tambien; los dos tiros salen á un tiempo; Gustavo vacila y cae sobre una rodilla; todos, incluso el Conde, van á socorrerle; Gustavo rechaza al Conde.)
GUS. Ah! (*grito ahogado de dolor.*)
CON. Desgraciado!
GUIA. (Gracias, Dios mio, mi amo se salvó!)
FED. Es preciso socorrerle.
GUS. Es inútil, señores; las fuerzas me abandonan; conozco que voy á morir. Atras, caballero, no quiero nada de vos; vuestra obra es completa.
CON. Gustavo! Gustavo!.. Qué te hice yo?
FED. Los guardas van á venir de un momento á otro; aléjate... te arrestarian como asesino del señor de Mauray... huye...
CON. No, no; debo quedarme, necesito saber...
GUIA. He oido ruido por este lado; tal vez sean ellos; venid, señor conde, venid.
FRAN. Sin ti, qué seria de todos nosotros?
FED. En nombre de la que amas.
CON. Oh! su nombre! Pero esto es horrible! Dios mio! Quién me descifrará este misterio! (*sale empujado por Guiacomo; en este instante Stenio saca la cabeza por entre las ruinas.*

ESCENA VI.

Los mismos, menos el CONDE *y* GUIACOMO.

GUS. Partió ya! (*con voz desfallecida y rodeado de los cuatro que le sientan en el banco.*)
MAR. Si.
GUS. Entonces, acercaos y escuchad bien mis palabras... guardadlas en vuestra memoria; son las últimas que pronunciaré!.. Dios me dará fuerzas por un instante para que pueda desenmascarar á un traidor, y evitar que haya nuevas víctimas.
FED. Qué quereis decir!
GUS. Prometi hablar cuando fuese herido mortalmente, ó cuando mi adversario hubiera sucumbido; voy á cumplir mi promesa... Vosotros no habeis sabido la razon del insulto hecho al Conde; debia guardar el secreto, porque me hubierais impedido batirme; me hubierais dicho que era indigno de la bala ó el acero de un hombre deshonrado; pero yo queria matarle primero, y decíroslo todo en seguida... Ese hombre... el brillante conde de Monte-Sagrado, es indigno de la amistad con que le honrais... es un infame delator.
FED. Qué decis?
GUS. Un espia, señores, un espia noble y titulado.
FRAN. Calumnia infame! Calumnia!
GUS. He dicho la verdad; lo juro por la salud de mi alma!.. Por la salvacion de mi padre!... Ese miserable ha denunciado al general... Mi padre me ha dado la prueba cierta, verídica, irrecusable, y que del mismo modo que á mi, os la enseñará á vosotros. No se miente en la hora de la muerte... y yo muero diciendo la verdad. (*muere.*)
TODOS. Ah!
FRAN. La verdad!
FED. No, no; eso es imposible!
STE. Dudan aun! Pronto dejarán de dudar. (*cuadro final; los cuatro testigos demuestran su dolor y enjugan sus lágrimas, rodeando el cadáver de Gustavo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon en casa del conde de Monte-Sagrado; á la izquierda un reloj.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, GUIACOMO; *el Conde viste un trage diplomático con cruz de brillantes sobre él, y banda encarnada bajo el chaleco blanco; al entrar arroja el sombrero sobre un sofá; Guiacomo lleva vendado un brazo y suspenso de una cinta negra.*

GUIA. Sois vos, señor! No ha sido larga vuestra permanencia en la embajada.
CON. El tiempo suficiente para hacer mi visita de etiqueta; temo presentarme en público desde ese desgraciado duelo. Y tú, durante mi ausencia, no habrás tomado la medicina que el facultativo te ha recetado?
GUIA. Y para qué? Me siento mucho mejor; la bala no hizo mas que atravesarme el hombro, sin intensar ningun tendon... La herida no se curará, sin embargo, hasta que pueda vengarme.
CON. Bien, bien... pero es necesario que seas mas dócil, y que me cuentes el lance con todos sus detalles. (*presentándole una taza de plata que hay encima de la mesa.*)
GUIA. Gracias, señor.—El lance tiene poquisimo interés... Fué de la duracion de un relámpago. Cuando ya me retiraba con vos del sitio fatal en que tuvo lugar el duelo, me dió gana de volver la cabeza, y á quién veo? Al bribon del mendigo que tan mal uso hizo de la carta que yo le confié, y que tan graves disgustos ocasionó á mi señor. Con la rapidez del pensamiento vuelvo á él, pongo mano al puñal, y cuando no me faltaban mas que dos pasos para tropezar con mi hombre, saca una pistola y me hace fuego á boca de jarro; cai en tierra sin sentido, y cuando volvi en mi, ya me habian trasladado á casa; pero lo que mas me aflige en estos momentos, no es mi herida, sino el no poder ser útil á mi buen señor en los compromisos que hoy le rodean... Ya se vé, no soy mas que un pobre lazaroni, un criado.
CON. Desde este momento ni eres lazaroni, ni criado; has espuesto tu vida por mi, y eres mi amigo.
GUIA. Ah! señor! Pues bien, si soy vuestro amigo, concededme un favor.
CON. Cuál?
GUIA. Que no os batireis mas.
CON. Te lo prometo; ese duelo ha sido el último; su recuerdo me hace demasiado daño.
CRIADO. (*saliendo.*) Señor?
CON. Qué hay?
CRIA. Una jóven suplica algunos minutos de audiencia al señor conde de Monte-Sagrado

CON. (Será la Duquesa?) Di que he salido, que no volveré hasta la noche.

CRIA. Como el señor conde no nos habia prevenido, la hemos dicho ya que estaba en casa, é insiste en que quiere verle.

GUIA. (Apostaria cualquier cosa que le ha gratificado por la comision.)

CON. Que entre pues. Déjame.

GUIA. Está bien, señor. (Es una muger, puedo alejarme tranquilo; no será un negocio de duelo el que venga á tratar.) (*vase.*)

ESCENA II.

EL CONDE, AMINTA, *cubierta con un velo.*

CON. Ya estamos solos, señora; podré saber... pero vuestro pie vacila... Estais enferma? El misterio de que os rodeais... Aminta en mi casa! Oh! Gracias, gracias! Mi gratitud será eterna!

AMIN. Qué hablais de gratitud, señor Conde, despues de la carta que he recibido! No, vos no comprendereis jamás todo lo que he sufrido durante esas largas horas de desesperacion y de incertidumbre! Yo no he vivido, porque cada minuto era un siglo, en que mi agitado espíritu devoraba el tiempo. Y cuando han venido á decirme que estabais sano y salvo, he bendecido á Dios con toda la efusion de mi alma! Sin embargo, he dudado, he temido que me engañasen, porque creia que vos mismo debsteis venir á tranquilizar á vuestros amigos, á pagarles todas las agonias que les habeis causado. Mi corazon me impulsaba á dirigirme á vuestra casa, pero las conveniencias del decoro me detenian, hasta que olvidándolo todo, y arrastrada por mi cariño, sin calcular, sin reflexionar nada, he llegado hasta aqui... Quién reflexiona en semejantes momentos?

CON. Dios mio! Ese interés profundo que yo hubiera pagado con mi sangre!..

AMIN. Qué os estraña! No sois mi bienhechor, mi amigo, mi hermano? No habeis sido una segunda providencia para mi sobre la tierra? Y esta carta, cómo podré esplicaros los sentimientos que ha hecho nacer en mi alma, al comprender que vuestro último pensamiento era para mi... que os ocupabais de mi porvenir, y que al borde de la tumba me legabais toda vuestra fortuna!..

CON. Y á quién mejor hubiera podido hacerlo? Quién mas digna que vos? Vos, corazon noble y tierno, lleno de dulzura y de caridad; muger angelical, cuya mision sobre la tierra es enjugar las lágrimas y socorrer al desgraciado!

AMIN. Pero esos bienes, con qué título me los legabais?

CON. Con el que mi corazon hubiera querido daros desde el primer dia en que os conoci; con el título de condesa de Monte-Sagrado.

AMIN. Ya veis que os he comprendido, y que hice bien en venir.

CON. Aminta! Mi querida Aminta!.. Me amais efectivamente?

AMIN. Y por qué habria de ocultaros por mas tiempo la dicha que esperimento á vuestro lado? Por qué callaros un sentimiento tan legítimo? Desde mi mas tierna infancia, vuestro nombre y vuestra memoria han hecho latir mi corazon... y cuando escuché la fatal provocacion de que fuisteis objeto, conoci, que si vos moriais, moriria yo tambien. Sin embargo, no hubiera dicho nada, nada hubierais sabido, si no hubiera escuchado de vuestros labios que soy amada, puesto que me ofreceis vuestra mano.

CON. Y mi vida entera, mi querida Aminta, no pagará nunca la alegria que esperimento en este instante.

GUIA. Señor Conde, la Duquesa! No hay medio de detenerla. (*entrando bruscamente.*)

AMIN. Qué sucede?

CON. Nada, una visita... un importuno...

AMIN. Seria tal vez alguna nueva desgracia?

CON. No, no; tranquilizaos. (*levantando el portier de la puerta de la izquierda.*) Entrad aqui un instante... y muy pronto, asi lo espero, continuaremos una conversacion que tanto me interesa.

GUIA. (Dios mio!.. no sé por qué, pero tengo miedo!)

AMIN. (Ya era tiempo!) (*la cortina cae detrás de ella.*)

ESCENA III.

El CONDE *y la* DUQUESA.

DUQ. Estais solo?

CON. Si señora, pero estaba muy lejos de esperar...

DUQ. Que me presentase en vuestra casa?.. Me parece que no es la primera vez que he venido á ella... Verdad es que en otro tiempo era esperada con solicitud y afan; hoy no soy otra cosa que una visita importuna!.. Bien lo veis; guardais silencio, y ni siquiera os tomais el trabajo de tranquilizarme, de escusaros.

CON. Señora!

DUQ. Comprendo vuestra impaciencia; deseais evitar una esplicacion... pero precisamente he venido á buscarla, y la obtendré. (*se quita el sombrero, lo arroja sobre una silla y se sienta en el sofá.*)

CON. Señora, no tengo inconveniente, pero mas tarde, otro dia...

DUQ. Mas tarde? Otro dia? Qué disparate! Entonces tal vez no será tiempo. El instante es solemne y decisivo. Es preciso que os recuerde mis derechos, que por lo visto habeis olvidado; derechos que el honor debió hacer sagrados para el que como vos, se precia de honrado y caballero!..

CON. Lejos de olvidar vuestros generosos servicios, Duquesa, mi corazon...

DUQ. Y qué título dareis entonces, señor Conde, á la repentina indiferencia que os merezco? En un principio pude atribuir á la gravedad de los negocios que os preocupan, pero hoy he conocido la verdadera causa... Es una traicion, una cobarde perfidia que me ha sido revelada por el contenido de la carta que afortunadamente vino á mi poder.

CON. Deteneos, Duquesa... no acepto vuestras acriminaciones. Mi conducta ha sido siempre leal, sincera; mi cariño noble, y honroso mi agradecimiento. De la indiferencia que me acusais, no culpeis á nadie sino á vos misma. (*movimiento de la Duquesa.*) Si, á vos misma; vuestro carácter despótico, vuestros celos, todo, en fin, ha contribuido á agriar mi corazon y mi carácter, para alejarme de vos y para dejar de amaros.

DUQ. Porque amais á otra, señor conde!

CON. Y á qué negarlo!.. Desde entonces, el recuerdo de una criatura angelical se ofreció á mi pensamiento, y endulzó mis amarguras. Desde entonces fué cuando procuré hacer dos partes de mi vida, la una consagrada al reconocimiento, á la gratitud, á la amistad... es la vuestra... señora... La otra, al amor y á la dicha de ser amado... esta pertenece á la señorita Aminta de Roveró, de cuya eleccion no espero arrepentirme jamás.

DUQ. Y creisteis que yo aceptaria friamente esa amistad que os atreveis á ofrecerme, como una limosna? Soy italiana, y amo ó aborrezco con igual frenesí, con la misma violencia!.. Qué ha hecho esa muger para ser preferida á mi?.. Es preciso que recuerde mis dolores

y sufrimientos!.. Ha llorado noches enteras esperando en su balcon el ruido lejano del carruage que debia conducir al que era el alma de toda su vida? Ha sentido, como yo, cuando aquel se aproximaba, afluir toda su sangre á la cabeza, y latir su corazon hasta el estremo de saltársele del pecho?.. Ha escuchado la primera palabra de su boca con la ansiedad que esperimenta el acusado delante del juez que debe pronunciar su sentencia de muerte? Pues si nada de eso ha hecho... qué quiere esa muger? Tened cuidado, Conde! Marchais en pos de una felicidad soñada, y á donde correis ciego es al abismo. Despreciais la tormenta que se agita sobre vuestra cabeza, y el rayo, sin embargo, os amenaza. Vuestros amigos yacen sumidos en los calabozos. El general Mauray, padre del desgraciado Gustavo, tal vez mañana espie en un patibulo la credulidad de haber puesto en vos su confianza.

CON. Basta, señora, basta!.. Me volvereis loco!

DUQ. Aun es tiempo; todo puede repararse. Abjurad de vuestros locos proyectos.., volved á mi, y lo olvido todo. El amor es fértil en recursos; dicen que hace milagros. Ese misterio que os rodea y que en vano tratais de adivinar, unidos ambos, le descubrireis bien pronto, os lo prometo.

CON. Señora, he tomado ya un partido; y no retrocederé. Conozco que la fatalidad pesa sobre mi, y renuncio á mis proyectos políticos... Mañana me escusaré con mis amigos, y partiré lejos de aqui, lejos de esta sociedad que no puede ofrecerme la dicha tranquila y sosegada que espero disfrutar al lado de la muger que amo.

DUQ. Con la novicia de la Torre del Greco?

CON. No, con la condesa de Monte-Sagrado!

DUQ. En tanto que yo viva, os lo juro, no sucederá eso... Aun cuando fuese al pie del altar... alli mismo iria á reclamar mi derecho; á recordaros vuestras promesas; á acusaros de perjuro y de traidor!

AMIN. Ah!

CON. Aminta!

DUQ. Nos escuchaba! Tanto mejor!

CON. Guiacomo! Guiacomo!

GUIA. Señor! (*entrando.*)

CON. Inmediatamente que se avise á mi notario, á mis testigos!..

GUIA. Está bien, señor. (*vase.*)

CON. A las doce firmaremos los contratos. La señorita Aminta de Roveró no saldrá de esta casa sino con el título de condesa de Monte-Sagrado. Os saludo, señora. (*vase por la puerta sosteniendo á Aminta desmayada.*)

ESCENA IV.

DUQUESA, *despues* STENIO *vestido con un trage igual al del Conde.*

DUQ. Condesa de Monte-Sagrado ella! Jamás! Aun esta aqui! (*el reloj dá las once y media; al volverse la duquesa se encuentra frente á frente de un hombre vestido como el conde.*) Será una ilusion?

STE. Bien jugado! No es cierto, Duquesa?

DUQ. Stenio!

STE. El mismo; todo lo he escuchado; su ingratitud, su perfidia, su abandono.

DUQ. Entonces comprenderás mi furor, mi odio, mi deseo de venganza!

STE. Todo lo comprendo; tanto, que para satisfaceros, he tomado este trage; un anónimo dirigido á Francisco y Federico, les ha prevenido con anticipacion, que si querian conocer al que los vendia no tenian mas que encontrarse esta noche á las diez, cerca de la casa del ministro, y que al que viesen entrar, aquel era el infame delator.

DUQ. Y bien?..

STE. Que han visto á la hora indicada parar á la puerta del ministro el carruage del Conde; han visto apearse al Conde, en persona, despedir el coche, y entrar por la puerta secreta, despues de dar su nombre.

DUQ. Pero era el Conde efectivamente?

STE. No por cierto; era yo.

DUQ. Y tú has visto al ministro?

STE. No conozco á su Escelencia, pero si todos los corredores, entradas y salidas de su casa, por lo que, no me ha sido dificil buscar la que yo necesitaba.

DUQ. Pero ese carruage?..

STE. En cuanto al carruage, presenté el original, lo que no habrá contribuido poco para la alucinacion. Sabia que esta noche, y á la misma hora, iria el Conde á casa del embajador de Nápoles; me coloqué de centinela en el patio, y apenas habia tenido tiempo para entrar en los salones de la embajada, cuando aprovechándome de la oscuridad y ocultando mi cara con el pañuelo, como para resguardarme del frio, hice que me volvieran á abrir la portezuela, indicando la casa del ministro; sus criados nada sospecharon, creyéndome su amo, y volvi á despedirlos, diciendo que fuesen á esperarme al patio del embajador. (*suena una campanilla.*) Pero hé aqui nuestra venganza que llega.

DUQ. Pero es que á las doce firmarán el contrato matrimonial.

STE. Tenemos aun media hora, y en media hora puede hacerse mucho. Confiad en mi, y esperad. (*vase.*)

ESCENA V.

DUQUESA, *sola.*

Que espere, que confie, cuando el tiempo vuela con una rapidez horrorosa! Cuando algunos minutos solamente... Oh! mi cabeza se arde!.. y yo! sin embargo, le perdonaria... si, si, porque le amo!.. Pero á todo estoy resuelta, antes que consentir en la verguenza, en el abandono, en la perfidia de que quiere hacerme víctima.. (*los criados entran con candelabros y profusion de luces.*)

ESCENA VI.

LA DUQUESA, EL CONDE, *entra por el foro;* FEDERICO *y* FRANCISCO *entran por la derecha.*

CON. (*viendo á sus amigos se dirige á ellos, despues de haber lanzado á la Duquesa una mirada de desprecio.*) Llegais muy oportunamente, amigos mios; una circunstancia imprevista, me hacia desear ardientemente vuestra presencia. Espero que esta noche la señorita de Roveró me hará el honor de concederme su mano.

DUQ. A qué invocar una esperanza, si teneis la certeza ó la seguridad de su asentimiento?

CON. Porque lo ignoro aun, señora; pero si su corazon puede hacerse superior al dolor que vuestra imprudencia la ha causado, á las doce será Condesa de Monte-Sagrado, y mis amigos, los primeros testigos de mi felicidad. Vos, si gustais, podreis acompañarnos en la ceremonia...

DUQ. Tal vez!

FED. No se trata ahora, caballero, de vuestra felicidad; un motivo mas grave nos conduce aqui. Un misera-

ble nos ha hecho traicion, y venimos á reclamar para él, el castigo que merece.

CON. Quién quiera que sea, debe morir; le conoceis vosotros? Teneis la prueba de su crimen?

FED. Si.

CON. Su nombre! Su nombre!

FRAN. Su nombre es el tuyo, Conde de Monte-Sagrado.

(El Conde queda mudo y desconcertado como oprimido por la alucinacion; el pecho anhelante, la respiracion entrecortada. Al fin hace un esfuerzo sobre si mismo como si despertase de un sueño y enjuga el sudor que baña su frente.)

DUQ. (Ah! Ya comprendo.)

CON. Creo que una bala me ha herido en el corazon! He escuchado, he comprendido bien? Y han podido hallarse dos hombres que me arrojen á la cara, y á mi honradez nunca desmentida, los epitetos de miserable y de traidor? Y estos dos hombres se llaman Francisco y Federico?

FED. No son dos hombres únicamente los que te acusan de tan feo delito; es París entero el que habla por nuestra boca.

FRAN. Es Gustavo desde su tumba; Gustavo, para el que fuimos incrédulos, rechazando sus últimas palabras. Es el general Mauray, á quien hemos podido ver, y que nos ha jurado por el alma de su hijo, muerto por tu mano, que el juez por quien ha sido interrogado, le presentó la lista firmada por él, y que te remitió á Nápoles; lista en que se encuentran al mismo tiempo que su firma, las de nuestros amigos.

(El Conde corre vivamente á un estremo de la sala; toca un resorte y saca de un secreto una cajita de la cual toma un pliego: rompe el sello y presenta la lista á Francisco y Federico.)

CON. Hé aqui la lista.

FED. Hé aqui la letra y la firma del general; mira y compara. (*despues de haberla examinado y sacado una carta del pecho.*) Lo que tú llamas una lista original, no es otra cosa que una copia groseramente falsificada.

CON. Dios mio!

FED. Esos documentos fueron confiados á tu honor, á tu lealtad... Un solo hombre ha podido entregarlos, y este hombre eres tú.

CON. Yo!

FRAN. Esta noche, á las diez, un hombre se ha introducido furtivamente en casa del ministro; iba á vender á sus amigos; se apeó de su carruage, y ese carruage era el tuyo; dijo su nombre á un criado, que sin duda le esperaba, y este nombre era el tuyo; pero este hombre no sabia que era espiado por dos testigos que oyeron clara y distintamente pronunciar su título; ese hombre eres tú! Y los testigos de tu infamia lo éramos nosotros.

CON. Mi carruage!.. El ministro!.. Yo!.. (*toca la campanilla y aparece Guiacomo.*) Mi cochero y el lacayo que me han servido esta noche... que se presenten al instante, sin un minuto de retardo...

GUIA. Al momento, señor! (Desgraciados! Qué habrán hecho!) (*vase.*)

CON. Pero esto es un sueño! Una pesadilla horrible!

DUQ. (Solo faltan algunos minutos.)

ESCENA VII.

Los mismos, el COCHERO *y él* LACAYO.

CON. Acercaos. Esta noche hice enganchar el coche y he salido...

COCHERO. Si, monseñor.

CON. A qué hora?

COCHERO. Serian las ocho y media.

CON. A dónde me habeis conducido?

COCHERO. Al palacio de su Escelencia el embajador de Nápoles.

CON. Y despues?

COCHERO. El señor no estuvo mas que algunos minutos, y volvió á subir al carruage.

CON. Yo!

COCHERO. Y se hizo conducir á casa del señor ministro de Policia; alli se apeó; un criado le recibió en la puerta falsa, al cual dijo su nombre y nos despidió, mandando que volviésemos á esperarle en el patio de la embajada.

CON. Salid, salid de aqui; me volveré loco!

ESCENA VIII.

Los mismos, menos los criados.

CON. Esos miserables estan comprados sin duda por algun infame que quiere perderme.

DUQ. Qué enemigo quereis que sea, señor Conde?... Quién podria amontonar contra vos tantas pruebas, cuando vuestros mejores amigos, aquellos que mas fé tubieron siempre en vuestra lealtad, se presentan á vos y os dicen: Nosotros lo hemos visto?

CON. Vos tambien me acusais! Ah! debia esperarlo!...

FED. No os molesteis, señora; no conoceis que la verdad le abruma?

FRAN. Qué podria tampoco contestarnos un delator infame, preso en el mismo lazo que ha tendido á sus victimas?

CON. Ah! esto es demasiado! Y el lodo de que quereis cubrir mi nombre, necesita sangre!.. Tomadla!...

FRAN. No puedo batirme con vos; matadme si os place, y añadireis un nuevo crimen á todas vuestras infamias.

FED. Heridnos á los dos; no le falta al delator mas que convertirse en asesino.

(El Conde lanza un grito de rabia y se dirige á Francisco para herir con la otra espada que aun conserva en la mano, pero se detiene, vacila un momento, y la hace pedazos sobre la rodilla; despues en el colmo de la desesperacion viene á caer sobre una butaca, ocultando la cara con las manos, y esclama.)

CON. Dios mio! Dios mio!

(La Duquesa, en presencia de este gran dolor, hace un movimiento hacia el Conde, pero se detiene al oir las doce que dan en un reloj de los que hay en la escena. Las puertas del fondo se abren y aparece un salon espléndidamente iluminado; el norario sentado á la mesa; Aminta cerca de él y varios amigos que la rodean.)

DUQ. Ah!

CON. Alli la felicidad... aqui la desesperacion y la muerte!

GUIA. Ah! señor! Salvaos! La casa está cercada... invadida; los agentes siguen mis pasos.

CON. Como en Nápoles... ah! aun puedo ser feliz... al fin veré á mis acusadores frente á frente.

GUIA. Ya estan aqui.

ESCENA IX.

Los mismos; el Gefe de Justicia con peluca blanca, faja azul sobre el chaleco blanco y baston de autoridad, aparece seguido de varios agentes.

GEFE. Que se aguarden las puertas, y cuidad de que nadie salga de aqui.

CON. Qué quereis, caballero?

GEFE. Señor Conde, estoy encargado de una mision grave, que vengo á cumplir, bien á mi pesar, y contra la cual vuestra escelencia no protestará, estoy

seguro; señores, en nombre del rey daos á prision.

AMIN. Dios mio, que es lo que sucede aqui?

FED. Y en vuestra casa, Conde!

FRAN. Esto faltaba únicamente, para que fuese completa vuestra obra!

CON. Oh! Pero, caballero, decid á estos señores, si yo os he visto alguna vez; si me conoceis siquiera... podeis hacer mas, y yo os suplico como el favor mas grande, prendedme á mi tambien; en ello no hareis sino cumplir con vuestro deber, porque no soy el mas culpable.

GEFE. No tengo órden para prender á su escelencia; el señor Conde de Monte-Sagrado debe ser respetado por mi.

CON. Pero cuando yo mismo me acuso!.. Cuando os digo que soy su cómplice... mas que su cómplice, el gefe, la cabeza, el pensamiento, el alma activa de esa conspiracion que perseguis en secreto. Cuando lejos de sustraerme á vuestra justicia, me entrego yo mismo, qué mas quereis?.. Cumplid con vuestro deber, y prendedme, os lo suplico.

GEFE. Lejos de admitir, señor Conde, los actos criminales de que quereis acusaros, los rechazo, porque si fuesen verdaderos, no existiria un hombre tan loco que tuviese la imprudencia de publicarlos, como vos la haceis. Además, nosotros sabemos perfectamente á lo que debemos atenernos respeto á vuestra conducta; y vuestras relaciones bien diferentes por cierto de las que quereis en este momento atriburos. Lo siento verdaderamente, porque sé que vuestra modestia se ofenderia, que no me sea permitido haceros públicamente justicia; señores, cuando gusteis.

FED. Adios, Monte-Sagrado... Las palabras que acabo de escuchar, borran hasta la última duda que pudiera ocurrir á mi pensamiento.

FRAN. Aquellos que van á morir por la causa que has vendido, te proclaman á la faz del mundo, traidor y cobarde, perjuro y villano. (*sale el Gefe y los agentes.*)

DUQ. (Dios mio! Esto es demasiado!.. Yo no puedo, no quiero ser su cómplice.)

CON. Traidor y cobarde! (*va á dar un paso, vacila y se apoya en la puerta del fondo. El Conde vuelve á caer en el sillon oprimiéndose la cabeza con las manos. Aminta está á su lado.*) Ah! la sangre de Gustavo cae sobre mi cabeza! Me volveré loco! Todo el mundo me abandona!

AMIN. No, yo estoy á tu lado.

CON. Aminta!.. Aminta!.. Pero todo París me acusará mañana!...

AMIN. Y qué te importa, si yo te creo inocente?

CON. Es el infierno que se ha desencadenado contra mi!

AMIN. Y yo el ángel de la esperanza que vengo á fortalecerte con el consuelo.

CON. Y qué me darás, pobre niña, en cambio de mi honra hecha pedazos?

AMIN. Mi amor eterno y la veneracion á tus infortunios!

DUQ. (Esa muger le ama tanto como yo!.. Para ella la felicidad... para mi el remordimiento eterno, si no puedo salvarle..:)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Gabinete en casa de la Duquesa; un lecho en el fondo, con adornos y colgaduras: puertas laterales; la de la derecha es la que conduce á la calle; la de la izquierda á las habitaciones interiores: á la derecha, primer término, una chimenea, una mesa en la cual el Doctor escribe; Stenio á su lado de pie; la Duquesa vestida con un peinador blanco, y recostada en el lecho. Maria de pie á la cabecera.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA, MARIA, *el* DOCTOR *y* STENIO, *disfrazado con una peluca rubia y una levita larga como la anterior.*

MARIA. Parece que se ha quedado dormida.

DOC. Tanto mejor; este momento de reposo es muy conveniente; calma y tranquilidad, he aqui lo que es preciso antes que todo.

MARIA. Pero en fin, señor Doctor, podreis decirnos alguna cosa sobre la naturaleza del mal?

DOC. Y qué podré deciros? La enfermedad de vuestra señora es de aquellas que escapan al estudio de la ciencia. Nosotros no somos mas que instrumentos de la voluntad divina. Si curásemos siempre, no seriamos hombres, seriamos Dioses! Podemos triunfar cuando el gérmen no es mortal; tenemos accion sobre el cuerpo... pero aqui no es el cuerpo el que padece, sino el alma.

MARIA. Cuál será entonces la causa de su sufrimiento?

STE. Nosotros, que la servimos hace tiempo, que la hemos visto siempre tan bondadosa, tan buena, tan santa, no podemos adivinar...

DOC. Veo que la amais mucho, y de ello me felicito; las palabras que acabais de pronunciar hacen su elogio y el vuestro; he aqui lo que es necesario preparar al instante. (*entrega la receta á Stenio.*)

STE. Pero la salvareis, no es cierto?

MARIA. (El hipócrita!)

DOC. A esa pregunta no sé qué contestaros.

MARIA. Ah! señor! por mi parte seria capaz de dar mi vida por ella.

STE. Y yo.

DOC. Pues bien, una sola esperanza nos queda.

STE. Una sola?

MARIA. Cualquiera que ella sea, es necesario aprovecharla inmediatamente.

DOC. Nosotros nada podemos, pero hay otro que lo puede todo; otro que escucha, que consuela, perdona y absuelve.

MARIA. Un sacerdote!

STE. Es decir, un confesor!

DOC. Precisamente. El sacerdote penetra hasta el corazon del mal; lucha con él, y muchas veces triunfa. No es exacta la creencia vulgar, de que el ministro santo que viene á colocarse á la cabecera del enfermo, traiga consigo la muerte. . Al contrario; con él vienen la clemencia, la calma y la esperanza. El reanima el álito que se estingue; él engrandece, fortifica y salva, porque habla en nombre de Dios, en nombre de aquel para quien nada es imposible!

MARIA. Si, si; es una inspiracion del cielo, y voy inmediatamente...

STE. A dónde?

MARIA. En busca de un sacerdote.

STE. Y vas á dejar sola á la señora?..

MARIA. En este momento está descansando.

STE. Pero puede despertar; ademas, seria una imprudencia, sin prevenirla antes. Esa brusca aparicion la revelaria claramente el peligro en que se halla.

Doc. No, no; es necesario sobre todo, evitaria cualquiera emocion; es el mayor peligro que corre en este momento; con todo, es preciso prepararla.

Ste. Ya lo habeis oido.

Doc. Por qué ocultaroslo? No la quedan mas que algunas horas de vida.

Maria. Ah! Dios mio! Dios mio!

Ste. Con que la muerte podrá facilmente sorprenderla?

Doc. La emocion mas pequeña es bastante á influir para que sea instantánea.

Ste. (Bueno es saberlo!) (*La Duquesa que ha despertado y se muestra agitada, se levanta un poco sobre su lecho, y escucha lo que el mèdico dice.*)

Doc. Os lo repito; el incidente mas leve puede cambiar las horas en minutos, y la fuente de la vida se estinguirá inmediatamente, lo mismo por la impresion de un terror violento, que por la de una súbita alegria... Ambas cosas serian funestas. Me habeis preguntado la verdadera situacion de la enfermedad; ya os lo he dicho, mi responsabilidad acaba dónde la vuestra empieza. (*el Doctor sale con Stenio; la Duquesa espantada de lo que ha oido, vuelve á caer sobre los almohadones.*)

ESCENA II.

Duquesa, Maria.

Maria. Pobre señora!

Duq. Maria?

Maria. (Ah! se ha despertado!)

Duq. Ayúdame á incorporar un poco; el doctor ha partido? (*mirando lentamente á su alrededor.*)

Maria. Si señora, con Stenio ..

Duq. Al fin estoy sola, sola contigo, y puedo respirar un instante.

Maria. A la verdad, señora, me parece que ese hombre os causa miedo!

Duq. Es que ese hombre es un demonio, y el mal que ha hecho hasta aqui, no seria nada, en comparacion del que haria si yo le alejase de mi lado. — Veamos; qué dice el doctor?

Maria. Nada mas que... os recomienda... la calma, la tranquilidad...

Duq. Mas te ha dicho, Maria; te ha dicho que no hay remedio para mi.

Maria. Qué disparate, señora!

Duq. Por qué engañarme? Oh! yo me siento bien en este momento, pero conozco mi estado... Mi debilidad es muy grande, y el mal hace progresos de dia en dia... Protegedme al menos, Dios mio, hasta que mi obra se complete. Hiciste llevar mis cartas?

Maria. Si señora; estad tranquila.

Duq. Cuán buena eres, Maria! Ya sé que puedo fiarme de ti, porque me quieres mucho. Hace seis meses, sola, en este barrio desierto, lucho con un pensamiento que el cielo me ha inspirado... Tiempo era ya!

Maria. Por piedad, por vos misma, señora, calmaos.

Duq. Es que llevo conmigo un enemigo atroz... el remordimiento!.. Si tú supieras, Maria, lo que es el amor!.. Y sin embargo, dejé al que amaba que jugase su vida en un duelo, cuando con una palabra hubiera podido cortarlo!.. Consenti en que sus amigos le insultasen públicamente, pudiendo justificarle!.. Pero una muger se habia colocado entre los dos, y yo era despreciada por él!..

Maria. Señora, en nombre del cielo!

Duq. Tranquilízate... Esa muger me ha vencido en la lucha, y sin embargo, no la ódio, porque cuando yo era un demonio, ella era un ángel; cuando yo heria, ella consolaba... y aun le consuela, si, porque no le ha abandonado en su desgracia. Esa muger le ha ofrecido su mano, pero él la ha rehusado por no hacerla partícipe de su deshonra; pero yo le salvaré... si, es preciso que yo le salve!.. Vamos, Maria, cuánto tiempo me queda de vida?.. Podré contar con algunos dias?

Maria. Señora, por Dios!

Duq. No, no... tú me engañas; no son dias, ni horas las que debo esperar!.. Tal vez dentro de algunos minutos!.. Pero entonces llegaria tarde, y me seria imposible vindicarle!.. Qué hora es, Maria?

Maria. Las dos.

Duq. Y hasta las tres no vendrán! No sé lo que esperimento, pero me faltan las fuerzas; tengo frio... Vamos, es necesario que para hacer el bien, me revista de la energia de que hice alarde en otro tiempo para practicar el mal.

Maria. Qué vais á hacer, señora!

Duq. Quiero aprovechar los pocos instantes que me restan, y sobre todo, la ausencia de Stenio... Quiero ir en busca del Conde y arrojarme á sus pies; se lo diré todo, le descubriré la trama infernal de que ha sido víctima... él me maldecirá tal vez, pero yo le salvaré!

Maria. Salir, señora, y en semejante estado! (*procurando levantarse.*)

Duq. Me matariais mas pronto reteniéndome aqui; mi manton, mi sombrero, y dame el brazo; vamos. Ah! no puedo, imposible! Las fuerzas me abandonan. Qué hacer, Dios mio! qué hacer! Escribiré? Si muero antes de haber cumplido con el deber sagrado que me he impuesto, le llevarás esta carta... Mi vista se oscurece; vamos, valor, tomad. (*continua escribiendo; Maria enjuga una lágrima; Stenio entra sin hacer ruido, y se aproxima sin ser visto; cuando la Duquesa concluye de escribir, cierra la carta y la presenta á Maria; Stenio se apodera de la carta al ir á tomarla Maria.*)

ESCENA III.

Las mismas, Stenio.

Duq. *y* Maria. Ah!

Ste. Una carta, y para quién?..

Maria. Stenio!

Duq. (El! Dios mio! Me habeis abandonado?)

Maria. Devolvedme ese papel; son instrucciones de la señora, en las cuales nada teneis que ver.

Ste. Soy Mayordomo de la Duquesa, y en tanto que no haya perdido su confianza, sus órdenes deben ser trasmitidas por mi. Esto deberiais saberlo, señorita, y no haber querido mezclaros en mis atribuciones, enviando cartas suyas, cuya existencia ignoraba yo.

Duq. Ah! esas cartas no habrán llegado á su destino?

Maria. El mensajero á quien las confié, no ha podido hacerme traicion, respondo de su fidelidad.

Ste. Pero olvidasteis sin duda, que en esta casa se halla todo sujeto á mi vigilancia; yo puedo engañar á los demás, pero estoy muy prevenido para no ser engañado.

Maria. Miserable!.. Ese papel, lo quiero!

Ste. Desde este momento habeis dejado de pertenecer al servicio de la señora Duquesa. Salid, no lo habeis entendido?

Maria. Camarera de la señora, no obedezco otras órdenes que las suyas.

Ste. Puesto que asi lo quiere, despedid á esa jóven, señora.

Maria. Pero infame! Tratais de asesinarla? Qué me decis, señora? Me echais de vuestro lado?

Duq. No, no; si, Maria... vete, y compadéceme... Mas tarde... (*vivamente y estrechándola en sus brazos como*

buscando un apoyo; Stenio la mira con aire de desprecio; la Duquesa desfallece y rechaza de su lado á Maria.)

STE. Si, mas tarde, pero por ahora la duquesa no tiene necesidad de los servicios de nadie, en tanto que está á su lado el mas humilde de sus criados.

MAR. Qué debilidad! Sois un miserable! (*se arrodilla delante de la duquesa, la besa la mano y sale.*)

ESCENA IV.

LA DUQUESA, STENIO.

DUQ. Me has humillado delante de esa jóven, Stenio Salvatori; he devorado la afrenta que me has hecho... pero ahora quiero que me entregues ese papel, y las cartas que has tenido la audacia de interceptar. Lo ordeno, lo mando!

STE. Esas cartas no serán leidas ni por mi, ni por aquellos á quien iban dirigidas. Aqui están; Federico..... Francisco... Aminta. El fuego me hará justicia.

DUQ. Eres menos sagaz de lo que crees, Stenio Salvatori... A esas cartas, falta una, la principal, la dirigida al Conde de Monte-Sagrado.

STE. Imposible! No habeis osado escribirle.

DUQ. No solo le he escrito, sino que le espero á las tres.

STE. A las tres, y vais á verle!.. Nunca, nunca!..

DUQ. Oh! ahora te toca á ti la vez! Tiembla, Stenio, porque vas á verte en su presencia.

STE. Cuáles son vuestros proyectos?

DUQ. Y qué te importa?.. Creiste que agotaria mis últimas fuerzas en una lucha indigna con un criado?.. Que me humillaria siempre á la cobarde tirania que estás egerciendo sobre mi?

STE. Olvidais, señora, que aqui no existen ya ni Duquesa ni criado, sino dos seres que el crimen ha reunido, y que deben vivir y morir juntos! Atados á una misma cadena, no sereis vos quien la rompa, porque yo no lo permitiré. Habeis llamado al Conde, va á venir, pues bien, sea. (Una mentira podrá servirme en esta ocasion.) Que venga, pero vos no le vereis, ni penetrará hasta aqui.

DUQ. Y quién lo impedirá?

STE. La muerte!

DUQ. La muerte! Mientes; quieres causarme miedo!..

STE. Si atraviesa el umbral de esta casa, en el mismo instante será cosido á puñaladas.

DUQ. Y por quién?

STE. Por aquellos que nos rodean, y que no obedecen mas que mis órdenes; por mis dos hermanos que he colocado hace tiempo en vuestra servidumbre, y que como yo tienen una cuenta terrible que arreglar con el señor Conde de Monte-Sagrado.

DUQ. Desgraciado! Un asesinato!..

STE. Y no fuisteis vos quien dirigió el brazo que mató á Gustavo de Mauray?

DUQ. Ah!

STE. El señor de Mauray, engañado, murió acusando á su adversario, y el Conde á su vez morirá maldiciéndoos á vos; si, porque cuando luche con las convulsiones de la agonia, yo me inclinaré sobre su cuerpo para decirle al oido, que sois vos quien le ha tendido un lazo; vos, que despues de haber ayudado á su deshonra, le haceis asesinar por celos y por venganza!

DUQ. No, no! Tú no harás lo que acabas de decir; pon un término á mis sufrimientos. completa la obra, miserable, mátame!

STE. Mataros, cuando quereis hacerme traicion? Mataros antes que á él? Vamos, señora, veo que no me conoceis.

DUQ. A mi! Socorro! Socorro!.. Ah! las tres. (*dan las tres.*)

STE. Rogad por aquel que va á morir; el instante es supremo!

DUQ. Dios mio! Tú no permitirás que semejante crimen se cumpla!

STE. A dónde vais?

DUQ. Al encuentro del Conde; á salvarle, ó á morir como él!

STE. No saldreis de aqui.

DUQ. Plaza! plaza! Atrás, miserable!

STE. Que no saldreis he dicho.

DUQ. Monte-Sagrado, huid, (*llaman á la puerta.*) Ah! no puedo mas, yo muero. (*viene á caer en el lecho, Stenio corre al lecho, coloca la mano en la frente de la Duquesa, observa su fisonomia y la toma el pulso.*)

STE. Muerta! Vamos, la ciencia no mintió... Cualquiera emocion debia serle fatal, y esta ha sido terrible! Ahora puede llegar el Conde cuando quiera. Adelante. (*descorre el cerrojo de la puerta.*)

ESCENA V.

STENIO, *el* CONDE, *la* DUQUESA.

CON. La Señora Duquesa me ha hecho llamar, y vengo á ponerme á sus órdenes.

STE. Es demasiado tarde, señor Conde; la Duquesa de Parma acaba de espirar!

CON. Muerta! oh! es imposible!

STE. Mirad!

CON. Dios mio!

STE. La señora ignoraba la gravedad de su estado, pero el facultativo ya nos habia prevenido con anticipacion. Cuando os escribió, respetamos su último deseo pero la crisis debia venir, y se presentó tan violenta, que ni aun nos ha dado tiempo para buscar un sacerdote!

CON. Pobre muger!

STE. Pero yo puedo deciros todo lo que ella os hubiera dicho; puesto que estaba en todos sus secretos.

CON. Corriente; si me descubris el que ella me aseguraba en su carta que poseia... si me proporcionais la llave de ese misterio que trato en vano de descifrar, os haré rico, tan rico que esceda á vuestras esperanzas.

STE. La recompensa es grande, y es necesario hacerse digno de ella. Escuchadme pues; en primer lugar teneis un enemigo..! Hombre oscuro, pero activo, infatigable, ardiente cuando se trata de hacer mal; implacable en su odio; uno de esos hombres, en fin, para el que todas las armas son buenas cuando le facilitan llegar al objeto que se propone. El es quien en Nápoles sustrajo las listas de vuestros asociados, á las pocas horas de haberlas vos recibido. (*gesto de impaciencia del Conde.*) Esperad, que aun no lo he dicho todo. El fué quien se dirigió á París al mismo tiempo que vos, armado con los originales, dejando en vuestro poder unas copias falsas. Al llegar aqui, continuó su obra, entregando al gobierno las pruebas y los antecedentes de la conspiracion; y no peuseis, señor Conde, que se vendió ni que se hizo pagar su delacion; muy lejos de ello, se presentó á las autoridades francesas como vuestro agente, como vuestro intermediario, haciendo recaer sobre vos el infamante título de delator. En vuestro nombre fueron entregadas las pruebas, y á ellas se debió el descubrimiento del complot.

CON. Qué escucho! Apenas puedo creer semejante infamia!

STE. Ya os he dicho que era el genio del mal; comprendeis ahora lo que hasta el presente ha sido un misterio? La luz al fin disipa las tinieblas, pero aun no lo sabeis todo. Ese hombre queria perderos, y hos ha perdido.

CON. Y ese hombre tenia necesidad de perder á tantos otros, como ha envuelto en mi desgracia?

STE. Era necesario que asi sudiese, para llegar hasta vos. Además; no estan todos libres por la amnistia publicada hace poco tiempo?

CON. Pero qué infernal pensamiento se proponia ese infame?

STE. La venganza, señor Conde.

CON. Y de qué queria vengarse? Mi conciencia no me remuerde de haber hecho mal á nadie.

STE. Evocad vuestros recuerdos, señor Conde.

CON. El nombre de ese hombre! Su nombre!

STE. Stenio Salvatori.

CON. Stenio! Eres tú, miserable!

STE. Oh! no nos hallamos ahora en las ruinas de Pompeya! Hoy os toca inclinaros delante de mi, como en otro tiempo me hicisteis morder la tierra á vuestros pies.

CON. Pero ahora que todo se me descifra, hablaré.

STE. Y quién dará crédito á vuestras palabras?

CON. Aquellos mismos ante quienes me habeis calumniado.

STE. Necio y orgulloso proteo! Cuando me hice vuestro intermediario, no me vieron sino enmascarado. Habia dos hombres en mi; vuestro agente á quien nadie conoce, y vuestro enemigo que marcha con la frente descubierta.

CON. Y la Duquesa lo sabia todo, y sin embargo, no procuró vindicarme?

STE. La Duquesa era mi cómplice; sus celos y su odio me sirvieron de un arma poderosa, que tambien me propuse esplotar. Vos me heristeis en el brazo; yo os he herido en el honor; y en tanto que vuestra herida brota sangre, la mia se cicatriza... Hablad... yo negaré... y en esta lucha del débil contra el fuerte, del pobre contra el gran señor, del hombre oscuro y de condicion humilde contra el espia, el mundo estará siempre de una parte. A vuestra vez ireis á reemplazarme en el banco de los acusados, y sereis condenado como calumniador! La ley del talion, señor Conde de Monte-Sagrado!

CON. No, eso no es posible! Dios no puede consentir que tu iniquidad triunfe! Y te atrevias á hablarme del pasado!.. Cuando te atravesaste en mi camino, te abordé lealmente, cara á cara; te tuve á mis piés, pude matarte y te dejé la vida; tú, infame, te has arrastrado como un reptil; te has deslizado en la sombra para venir á herirme por la espalda como un cobarde. Perteneces á la raza de esos *bravos* de nuestro pais, que por algunos ducados se encargan del asesinato de un hombre!.. Esos son menos culpables, porque únicamente matan el cuerpo, al paso que tú has matado mi alma. Me propones una nueva lucha y acepto; tus armas se volverán contra ti. Ahora que tengo el hilo de la trama, te haré pedazos en presencia de una sociedad ante la que me has calumniado... Colocaré nuestras dos existencias frente á frente. La mia, siempre leal, generosa, pródiga de todo lo que la pertenece. La tuya, la del bribon despreciable, salido del fango y de la nada. Calumniador en París como en Nápoles; denunciador en Francia como en Italia, bandido en cualquier tierra que pises, el mundo no dudará entre los dos; existe en la voz del inocente una conviccion que hiere, que ilumina. Tú me quisiste atar al palo de los criminales, y soy yo el que voy á clavarte en él.

STE. Vanas quimeras, monseñor; no conoceis el mundo, yo si; el mundo cree mas fácilmente el mal que el bien.

CON. Calla, calla; calumnias á la sociedad! Quieres bajarla á tu nivel, y yo la elevo á la altura que Dios la ha destinado.

STE. Para volveros el honor y confundirme como decis, seria preciso que Dios hiciese un milagro, y que un testigo digno de fé, protestase contra mi acusacion; que cuando yo digese, con las pruebas en la mano: el conde de Monte-Sagrado es culpable!.. Hubiera otra voz que respondiese á la mia, y dijera; mientes, Stenio Salvatori!..

DUQ. Mientes, Stenio Salvatori! (*abriendo las cortinas de su lecho.*)

STE. La Duquesa!

CON. Gran Dios!

DUQ. Mientes, villano! Seré yo la que diga todo eso. Dios me concederá aun algunos instantes de vida, á fin de que mis últimos acentos sirvan para desenmascararte y confundirte.

STE. Fatal combinacion!.. Estoy perdido! Huyamos! Ah! Por aqui! (*va á salir por la puerta derecha, en el momento que aparecen Federico, Maria, Francisco y Aminta; se dirige á la otra puerta y se encuentra con Guiacomo que le apunta.*)

GUIA. No, por aqui tampoco.

STE. Maldicion! Todos en contra mia! Pero quién los ha conducido hasta aqui?

MARIA. Yo!

STE. Maria!

DUQ. Acercaos; conozco que la vida me abandona... Vuestra mano, Conde, la vuestra, Aminta. Perdonadme, me arrepiento del mal que os he causado! Dios mio! Me perdonareis?

CON. Oh!.. no! vivirás... vivirás!

AMIN. Para ser nuestra amiga.

FED. El arrepentimiento borra las faltas.

FRAN. A vuestra felicidad precederá el castigo de ese miserable!

DUQ. No hay remedio, pero rogareis por mi, no es cierto? Consagradme un recuerdo, y compadecedme, porque he amado y he sufrido mucho... Conde.... Aminta, sed felices... yo... yo... muero.

STE. Y no poder vengarme! (*quiere salir.*)

GUIA. (*apuntándole.*) Si ya os he dicho que por aqui no!

FED. Es necesario entregar inmediatamente ese hombre á los tribunales.

CON. Si, pero... Antes, de rodillas, miserable! Inclínate delante de la víctima, de quien tu perfidia hizo una culpable, y de la cual el arrepentimiento ha hecho una santa! (*Stenio, obligado por el Conde, cae de rodillas al pié del lecho.*)

FIN.

MADRID, 1859.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.